

El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero.

Reflexiones sobre la secuencia cultural

Germán Delibes de Castro*
Fernando Romero Carnicero*

ABSTRACT

Important remains from the Late Bronze Age (Cogotas I) can be recognised, concerning to populations with a nomadic way of life conditioned by stock-raising, indicated by insubstantial dwellings.

There is a marked contrast between Cogotas I and the «Early Iron Age» groups, both in pottery and in their stable settlements, which appear to have exercised tight territorial control. Thus there is a lack of continuity, even if invasionist explanations of the cultural change are avoided, although there is a gap in investigation between the end of the 9th and beginning of the 8th century B.C.

The continuity between Early and Late Iron Ages can be accepted, but the role of the groups with combed pottery in the SW of the Meseta in building the peoples of the Late Iron Age is open to question, since new types of pottery appear in the Early Iron Age groups and the thrown and painted types characteristic of the height of the Late Iron Age are introduced without any repercussions.

RESUMEN

En la Submeseta Septentrional se reconoce un importante poso indígena del Bronce Final (Cogotas I), con poblaciones itinerantes condicionadas por actividades ganaderas evidenciadas por la inconsistencia de sus hábitats.

Las cerámicas y los poblados estables, que parecen ejercer un intenso control territorial, evidencian discontinuidad entre Cogotas I y la «I Edad del Hierro». Aún sin explicaciones invasionistas, la laguna en la investigación de fines del siglo IX y comienzos del VIII a.C. impide conocer el proceso de tales cambios.

Se puede aceptar continuidad entre el Hierro I y II, pero es incierto el papel de los grupos con cerámicas a peine del SO. de la Meseta en la formación de los pueblos de la Segunda Edad del Hierro, pues tipos cerámicos nuevos aparecen sin repercusión alguna y otros se diluyen al introducirse las especies a torno y pintadas de la II Edad del Hierro.

1. INTRODUCCION

No somos muy optimistas, lamentablemente, respecto al valor de nuestra aportación a esta Reunión sobre *Paleoetnogénesis* de los pueblos prerromanos, desde el momento en que nos sentimos bastante impotentes para superar la barrera existente entre *culturas arqueológicas*, en el mejor sentido childeano y *grupos étnicos* propiamente dichos. No se trata, por supuesto, de negar la capacidad de la arqueología para la identificación de éstos, ni de justificar las enormes limitaciones informativas que nos aquejan para abordar el tema. Pretendemos tan sólo reconocer que, pese a la larga tradición y gran desarrollo actual de las investigaciones sobre el fin de la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en nuestro territorio, seguimos sin acceder decididamente a parcelas del conocimiento tan importantes a la hora de definir la personalidad de los pueblos, como su economía, su organización social, su religiosidad o su propia componente antropológica, por no hablar de su, todavía más inaccesible, lengua.

En estas condiciones, las páginas que nos comprometimos a escribir sobre la secuencia cultural de la Meseta en el Primer Milenio a.C., podrían haber sido una simple síntesis sobre el particular, posibilidad, sin embargo, que hemos desdeñado, pues tal representaría no más que recoger lo escrito por nosotros mismos en un librito de divulgación recientemente aparecido sobre la *Prehistoria del Valle del Duero*. Nos hemos inclinado, finalmente, por enfocar el estudio del proceso desde una perspectiva menos convencional, ofreciendo una visión personal del tema en la que prácticamente se pasan por alto, por sabidas, algunas cuestiones, sobre todo arqueográficas, para incidir de manera fundamental en los aspectos más problemáticos de la secuencia.

Nos vemos en el deber de advertir de antemano que las páginas que siguen son resultado antes de una espontánea reflexión personal sobre la protohistoria de la Meseta que de un sistemático y prolijo trabajo bibliográfico. Por ello, y porque asume algunos posicionamientos no muy «ortodoxos» sobre determinados aspectos, hemos convenido presentarlas con cierto desenfado y sin el ajustado aparato crítico habitual en este tipo de trabajos.

2. EL SUSTRATO DEL FIN DE LA EDAD DEL BRONCE: COGOTAS I

Tradicionalmente considerado el exponente de una primera penetración europea a través de los pasos pirenaicos occidentales, aproximadamente en el inicio del Primer Milenio a.C., hoy pocas veces se discute la condición indígena de este mundo, lo que con frecuencia sirve para que sea tomado como punto de partida (sustrato) del estudio del poblamiento protohistórico de las tierras interiores peninsulares. También ha contribuido en los últimos años a que la atención científica se haya polarizado en torno a este complejo,

* Universidad de Valladolid.

el hecho de que algunos de sus elementos de cultura material más significativos —por ejemplo, y sobre todo, las cerámicas excisas y del Boquique— comparezcan en la periferia ibérica (norte de Portugal, valle del Ebro, Levante, Andalucía Oriental y Occidental, Extremadura), lejos presuntamente de su territorio original, dando pie a considerar una posible «expansión» Cogotas I, desde luego muy problemática.

a. Aspectos secuenciales.—En la actualidad se registra una clara tendencia en la mayoría de los estudios regionales —por ejemplo en el Sureste, el Ebro Medio o el Bajo Guadalquivir— a considerar Cogotas I como un complejo cultural de límites cronológicos precisos y más bien cortos, que debe identificarse con el Bronce Tardío y todo lo más con el inicio del Bronce Final (o B.F. II, de la terminología europea). Frente a ello, en la Submeseta Norte entrevemos un desarrollo bastante más dilatado; la gestación de este singular grupo debió transcurrir, según algunos documentos, durante el Bronce Pleno, y, aunque por contrastar definitivamente, son muchos los indicios que atestiguan una evolución ininterrumpida hasta el Bronce Final III, siquiera en su primera mitad. Sólo en este detalle (largo desarrollo) ya se perfila que el peso específico de Cogotas I en el bastión meseteño fue muy distinto del adquirido más allá de los límites de éste; en el espacio del Duero se registra una larga secuencia Cogotas I que nos obliga a considerar algunos problemas relacionados con su trayectoria, desde su origen y expansión por el, llamémosle «territorio nuclear», a su etapa de esplendor y a su declive.

Grosso modo compartimos los puntos de vista de Fernández-Posse sobre la secuencia de Cogotas I. Coincidimos en su apreciación de que el proceso formativo, en el que intervienen exclusivamente componentes indígenas, tiene lugar por adición, dentro de un *continuum*, no por imposición instantánea. Asimismo, asumimos su idea de que la excisión, por buenos paralelos que puedan encontrársela en contextos nortepirenaicos, es sólo un elemento local más que se incorpora, en un momento más bien avanzado del proceso, al elenco de decoraciones cerámicas. Tal coincidencia de pareceres nos exime de describir prolija y pormenorizante cada una de las etapas de la secuencia Cogotas I en la Meseta, para centrar la atención en algunos puntos problemáticos de la misma, más concretamente en la cuestión de la formación y en la de su declive.

En torno al punto de partida de este Bronce Meseteño no existe mucha unanimidad. Tres yacimientos dan lugar a formular tres hipótesis distintas, sin que en ninguna de ellas se someta a discusión que Cogotas I sea una cultura indígena, resultante de la evolución interna de las poblaciones calcolíticas locales. En la cueva segoviana de Arevalillo de Cega se atestigua desde el siglo XIV la coexistencia de las últimas especies campaniformes Ciempozuelos (variedad Silos) con materiales típicamente cogotianos, como cuencos troncocónicos con decoración de Boquique e incisa, faltando las excisiones. En Los Tolmos de Caracena (Soria) el contexto Cogotas I es mucho más clásico —incluso con algunas cerámicas excisas—, pero faltando, pese al considerabilísimo tamaño de la

muestra, cualquier especie campaniforme, y ello, lo que es más desconcertante todavía, en un momento que el C-14 ubica, reiteradamente, en la segunda mitad del siglo XV. También por entonces, en tercer lugar, se sitúan algunos yacimientos del Duero Medio —Cogeces del Monte y Rábano, entre los más significados— en los que Boquique y excisión brillan completamente por su ausencia, al igual que todo atisbo campaniforme, no así las vasijas troncocónicas decoradas exclusivamente con incisiones en forma de zig-zag y de espiguillas. En suma tres realidades distintas, no sin algunos vínculos internos, que sólo podrían encontrar una explicación coincidente: el Cogotas I pleno, según defendiera Fernández-Posse, posiblemente surgiría como resultado de un fenómeno de convergencia de grupos distintos, aunque coetáneos. Así visto el asunto, resultaría inevitable aceptar que el pleno Cogotas I de excisión y Boquique fue algo *impuesto* en el territorio del Duero Medio, *incorporado* desde el reborde montañoso oriental de la Meseta, donde se habría producido su auténtica gestación.

No ocultamos, sin embargo, nuestro escaso entusiasmo por esta interpretación, llena de pequeñas contradicciones. La idea, por ejemplo, de una coexistencia Boquique/tardo-Ciempozuelos, como la que denota Arevalillo, tendría el gran interés de demostrar, finalmente, la conexión, tan anhelada durante lustros, de Cogotas I con el campaniforme meseteño. Pero tal asociación en la cuenca segoviana parece darse sobre 1350-1340, ante lo que nos cuestionamos ¿y cómo en Los Tolmos, a sólo medio centenar de kilómetros, un siglo antes, no hay indicio alguno de cerámica Ciempozuelos? Un comportamiento lógico, dentro de la hipótesis continuista campaniforme-Cogotas, hubiera llevado a pronosticar la aparición de un importante porcentaje de cerámicas de aquel horizonte en este yacimiento soriano, la cual, como dijimos, no se produce en absoluto. Del mismo modo nos causa cierto estupor la presencia de excisas en Los Tolmos, por ser el único yacimiento antiguo Cogotas I donde se registra y porque sabemos, como pauta, que tales decoraciones se abren paso en los repertorios cogotianos en un momento bastante avanzado, hasta coincidir su plenitud en el Bronce Final. No olvidamos en este sentido que la muestra CSIC-479, que arrojó una cronología de 1230 a.C., era la destinada a datar las excisas del yacimiento. Por último, tampoco perderíamos de vista que las más antiguas cerámicas Cogotas I de Andalucía —de los siglos XVI/XV, en el poblado de Setefilla— no son las clásicas de excisión y Boquique, sino las incisas tipo Cogeces, pues podría ser clave este detalle a la hora de argumentar que tal sucede porque éstas y no las otras eran las especies entonces vigentes en la Meseta.... si bien sería ridículo ocultar que dicha situación pudo también obedecer a que los contactos que explican la presencia de aquellas cerámicas en el Guadalquivir fueran protagonizados por gentes del centro de la cuenca del Duero (o del Tajo, horizonte Pantoja) y no de su extremo oriental.

A esa primera etapa sucedería la de plenitud Cogotas I, en la que el Boquique adquiere tanto protagonismo como las incisiones y en la que la excisión —que va en aumento, conforme avanza el

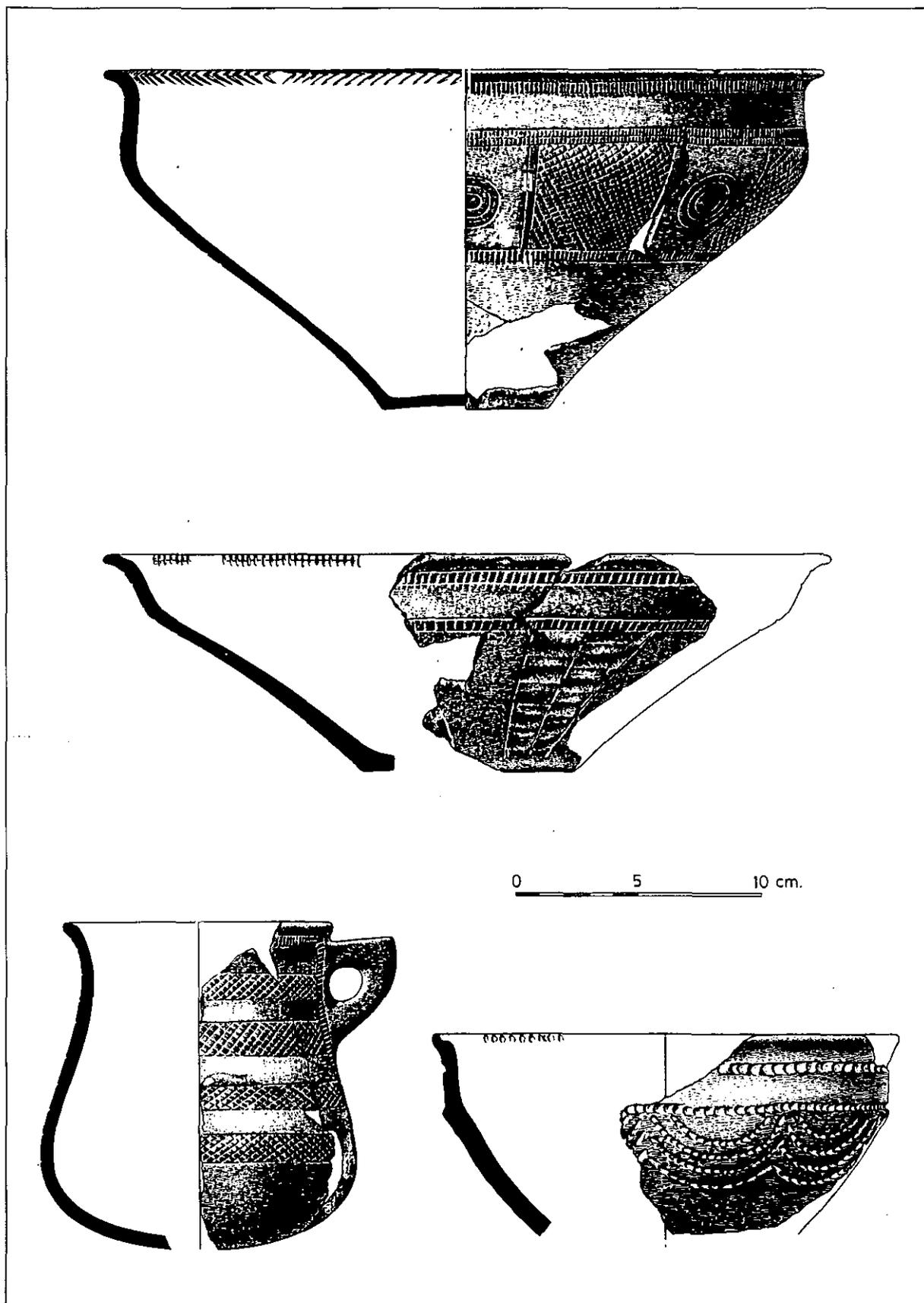


FIG. 1. *Cerámicas Cogotas I de La Requejada de San Román de Hornija (Valladolid).*

período— comienza a cobrar verdadera importancia. Abarcaría esta etapa, que en realidad comprende las de plenitud y final de Fernández-Posse, tanto el Bronce Tardío, a juzgar por las fechas de C-14 de Purullena, Ecce Homo, Los Espinos 1, etc., como el inicio del Bronce Final (dataciones de San Román de Hornija, La Paul, Espinos 2 o Llanete de los Moros, entre los siglos X y IX), aunque su arranque pudiera haber sido incluso algo anterior, de hacia 1300, según los datos de Fuente Alamo. Cogotas I aparece plena de personalidad, con los vasos tronco-cónicos y las decoraciones que originalmente sirvieron para su definición. Toda la Meseta Norte, desde el Sistema Central a la Cordillera Cantábrica y desde el Sistema Ibérico al Esla —que bien podría haber sido por el Noroeste la frontera del «territorio nuclear» Cogotas I—, conoce una ocupación uniforme, con idénticas manifestaciones arqueológicas, sólo matizadas por algunas levisimas peculiaridades (por ejemplo las decoraciones esgrafiadas en zig-zag de las montañas palentinas y burgalesas). El panorama parece idéntico al otro lado del Sistema Central, al menos hasta la línea del Tajo.

El fin de Cogotas I, su desintegración, continúa siendo muy enigmática. La sensación de ruptura, de agotamiento de un mundo, el «prehistórico», y de alumbramiento de otro completamente nuevo, por pura comodidad bautizado como *Primer Hierro*, aún sin pruebas concluyentes de que lo sea, determinó que en su día se propusiera la tesis de una suplantación poblacional; los tradicionales pastores Cogotas I expulsados de su territorio ante el empuje de los grupos agricultores de raíz europea, presumiblemente vinculados a las poblaciones de Campos de Urnas del valle del Ebro. Parece obvio que la mencionada explicación migracionista exige, cuanto menos, ser matizada, pero al margen ahora de ello subrayaremos la impresión de gran fisura que se obtiene de la comparación de un mundo que se agota, el Cogotas, y de otro con una incuestionable proyección como es el que le sucede. La cuestión, en este apartado que dedicamos a aspectos secuenciales, es precisar en qué momento se sitúa la mencionada fisura, porque fácilmente representará el punto y final de los pastores de excisión y Boquique.

En las explicaciones tradicionales el límite se acomodaba a la inauguración de la Edad del Hierro, de manera que Cogotas I sobreviviría hasta aproximadamente el siglo VII. Algún documento conflictivo, como las asociaciones de excisión y Boquique con armas y útiles férreos en varias cabañas de El Cancho Enamorado de El Berrueco, o como la posible vinculación de idénticas cerámicas a una taza con decoración excisa tipo Roquizal en Tajada de Bezas (Teruel), ha podido esgrimirse como argumento favorable a esa teoría. Incluso en alguna ocasión nosotros mismos hemos planteado la posibilidad de que en tierras abulenses y salmantinas se mantuviera un último reducto cogotiano hasta cerca del 700, sobre la base de las analogías existentes en cuanto a formas (vasos bicónicos) y decoraciones (predominantemente excisas, metopadas y con frecuente incrustación de pasta roja) entre sus cerámicas y las tipo Redal. La propia lectura estratigráfica de los niveles inferiores de Sanchorreja,

rejuvenecida por González-Tablas, coincidiría en gran medida con esa apreciación de un Cogotas I tardío, residual en el piedemonte del Macizo de Gredos, del que no existen evidencias en otros puntos del centro y el este del Duero.

A esta idea que pretende situar el final del complejo de excisión y Boquique en los inicios del siglo VII se opone el radiocarbono. La práctica totalidad de las dataciones de este tipo alusivas a Cogotas I se agrupan entre los siglos XV y IX; más aún, sólo dos del más de medio centenar de fechas disponibles para este mundo —una del yacimiento alavés de Bizcar y otra del madrileño de La Fábrica— se sitúan después del 850 en cronología no calibrada, lo cual constituye una referencia excelente para formular que sobre ese momento debió producirse la desintegración del discutido grupo meseteño. Las propias asociaciones de materiales metálicos significativos, siempre que prescindamos momentáneamente de los hierros citados de El Berrueco, nos llevarían a conclusiones similares, ya que los de fecha más moderna resultarían ser la fíbula de codo de San Román de Hornija, idéntica a las que en la Ría de Huelva se fechan sobre la mitad del siglo IX, y un puñalito de mango tripartito y punta en lengua de carpa de Frechilla de Campos, en Palencia, de prácticamente el mismo momento.

Nuestra opinión, por lo tanto, es que Cogotas I se diluyó a fines del siglo IX, al margen de posibles pervivencias locales de las decoraciones clásicas de Boquique, como la que parece darse en las cerámicas del yacimiento de Reillo. Pero es que esa dilución cogotiana es, creemos, bastante más que el fin de un estilo decorativo; es el ocaso de un estilo de vida, de un determinado modo de poblamiento, seguramente de una forma de economía, que arqueológicamente se manifiesta, sobre todo, en la aparición de unos hábitats mucho más consistentes, permanentes y nuclearizados que los que caracterizaron a este grupo. Sin duda pecaremos de imprecisos si afirmamos que estos últimos son los del Soto de Medinilla, pues hay muchas facies locales que hacen absurdo extender este nombre a una realidad tan diversa; pero nos habrá servido de momento para entendernos.

El procedimiento por el que hemos fijado la posición cronológica de la fisura a la que más arriba aludíamos ha sido a la inversa. Hemos tendido a aprovechar la información referente a los episodios más evolucionados de Cogotas para dar por sentado que el nuevo poblamiento, inmediatamente posterior, se hallaba ya en funcionamiento en el transcurso del siglo VIII. La ausencia de indicios de hierro en los niveles inferiores de varios poblados del grupo Soto podría ser indicativa en este sentido, pero lo es aún más comprobar cómo los testimonios de fundición de bronce a cierta escala menudean en la base de todos estos establecimientos, y, según veremos con más detalle páginas después, cómo bastantes de los tipos fabricados en ellos son los propios de una metalurgia del Bronce Final IIIb (o IV, posiblemente, de Galicia), post-Huelva, que bien pueden coincidir con la fase Baiões-Venat del occidente ibérico. La ecuación *Baiões = inicios del Soto* se nos antoja extraordinariamente sugestiva y muy verosímil. Sólo la presencia en el propio castro de Nuestra Señora de Guia de un

Dataciones absolutas de Cogotas I

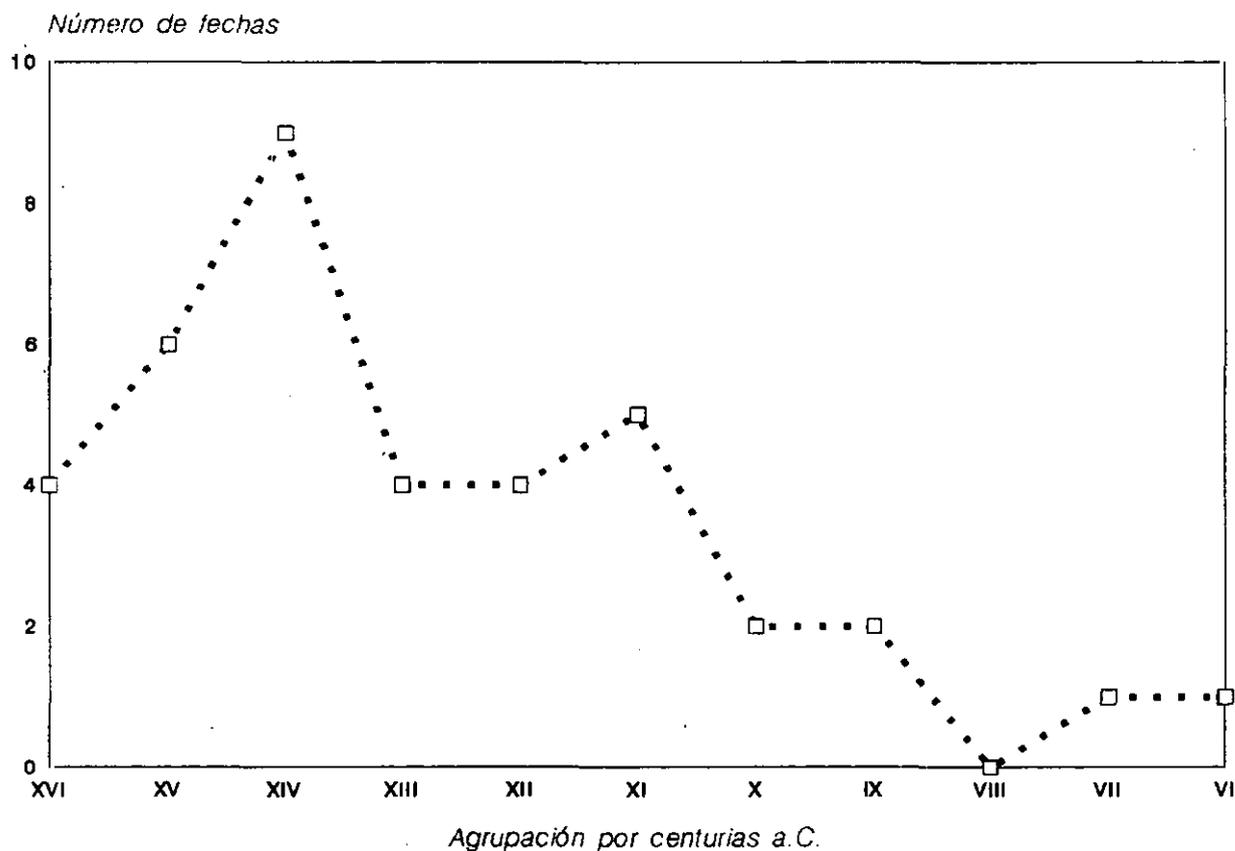


FIG. 2. Distribución por centurias de fechas radiocarbónicas referidas a contextos Cogotas I, a partir de la relación de Delibes y Fernández-Miranda (1984).

fragmento de cerámica Cogotas I o la asociación —no muy segura, por otra parte, como reconoce S. Oliveira Jorge— de excisiones y Boquiques meseteños con incisiones de estilo Baiões en uno de los sectores de Bouça de Frade, datado en la primera mitad del siglo VIII, representan un punto de desconfianza en nuestro razonamiento, aunque no de peso suficiente para dejar de sostener nuestra hipótesis de que la implantación de la vida sedentaria que en el Duero medio representa la aparición de hábitats como el de El Soto se produjo todavía en la última fase del Bronce Final.

b. Cogotas I y el primer Bronce Final Atlántico.— Sería inútil traer a colación en estas páginas los problemas que acarrea la definición del Bronce Atlántico, entrar en la valoración de su incidencia en el comportamiento de los distintos grupos culturales que se vieron afectados por él, etc. Tomaremos como punto de partida, entonces, algo tan asumido como que, por encima de las particularidades culturales de los distintos territorios de la fachada atlántica europea, existe una superestructura metalúrgica y comercial de carácter común que determina que prácticamente los mismos productos metálicos encuentren acogida en el seno de grupos diferentes. Que tras los intereses

comerciales fluyeron asimismo otros bienes de muy variada naturaleza —ideas, novedades técnicas, formas de culto, concepciones artísticas...— resulta evidente, de suerte que determinados comportamientos, como el de las ofrendas ceremoniales de bronce a las aguas o, acaso vinculado a él, el de la práctica de ciertos ritos fúnebres, que no dejan huella arqueológica, bien podrían tener cabida en ese peculiar marco que representa el Bronce Atlántico.

¿Fue durante el Bronce Final la Submeseta Norte uno de los territorios atlánticos? Pese a su posición claramente marginal respecto a los espacios litorales y pese a la difícil franqueabilidad de las vías de comunicación que la enlazan con ellos, hay razones aparentes para responder con un sí contundente. Como ha subrayado Fernández Manzano, prácticamente la totalidad de los modelos metálicos presentes a fines de la Edad del Bronce en la Meseta Superior —hachas de talón, de apéndices y tubulares; navajas de afeitar; yunques; lanzas y regatones de cubo; etc.— son directa o indirectamente atlánticos, como también lo es que asiduamente se manifiesten formando parte de conjuntos ocultados deliberadamente, como son los «depósitos»: Campo Salinas, en León; Saldaña, en Palencia; Coruña del Conde, Gumiel de Hizán,

Huerta de Arriba, Padilla de Abajo y Salas de los Infantes, en Burgos; o Covalada, en Soria.

Dadas las premisas *Cogotas I es la cultura del Bronce Final meseteño y los depósitos con metales atlánticos son Bronce Final*, el silogismo se completaría sin mayor complicación deduciendo que *la metalurgia de los depósitos fue obra de los bronceístas Cogotas I*. El argumento, sin aparentes resquicios lógicos, ha alimentado con frecuencia la idea de identificar como muestras de una misma realidad cultural depósitos atlánticos y contextos Cogotas I. No se ha reparado apenas, sin embargo, en el detalle de que la mayor parte del metal asociado a estos últimos nada tiene que ver formalmente con el de aquéllos, manifestando una tipología arcaica, en principio impropia del momento al que corresponden. En efecto, gracias a la presencia de una fibula de codo de arco gallonado, somos capaces de datar el yacimiento de San Román de Hornija en la primera mitad del Bronce Final III, paralelamente a Huelva, lo que no deja en parte de sorprendernos, ya que el resto de los broncees allí presentes —alguna lezna de doble punta, un pendiente espiraliforme o un puñal/alabarda de aspecto similar a los que Schubart llama en el Suroeste tipo Vale do Carvalho o Blance tipo Atalayuela en el País Valenciano— son los mismos que esperaríamos hallar en cualquier yacimiento del Bronce Pleno. La misma situación se repite en otras estaciones con material Cogotas I idéntico al de San Román, lo que avala su sincronismo, como el de Carricastro, cerca de Torde-sillas, en Valladolid, donde se conocen algunos puñalitos de roblones y hachas planas de aspecto no muy distinto al que pudieran ofrecer determinados materiales argáricos, y, lo que es mucho más importante, donde se han recogido también restos de algunos moldes para fundir hachas como las mencionadas, lo que demuestra que se trata no de supervivencias, sino de tipos perfectamente vigentes y en plena circulación.

Esta observación nos obliga a desconfiar de que los depósitos atlánticos fueran el exponente metalúrgico de los grupos Cogotas I, pese al solapamiento geográfico de ambas manifestaciones, y a la vez nos fuerza a cuestionar hasta qué punto hay seguridad de que se trata de realidades sincrónicas.

Como vimos, Cogotas I, según se deduce del documento de San Román de Hornija, que ratifican otras muchas fibulas de codo de ambas submesetas, con seguridad se mantiene en el transcurso del Bronce Final IIIa, hasta por lo menos el 900. El paralelismo con el horizonte Huelva es corroborado igualmente por el también citado puñalito de lengua de carpa de Frechilla de Campos. Y asimismo se cuenta, aunque la transparencia del hallazgo no sea absoluta, con el testimonio de una espada pistiliforme asociada a niveles de excisión y Boquique en Solacueva de Lacoymonte (Alava), lo que equivaldría a situar su contexto con relativa seguridad en un Bronce Final II Atlántico.

La cuestión que queda en el aire, entonces, es si esa metalurgia atlántica meseteña, que se polariza en torno a las cabeceras de Esla y Pisuerga, así como en las tierras al pie del Moncayo, para rarefirse espectacularmente al sur del Duero, hasta el punto de ser

prácticamente inexistente en el Sistema Central —la coincidencia espacial con la dispersión de yacimientos Cogotas I sería, pues, grande, pero no absoluta—, repetimos, si esa metalurgia atlántica se puede situar también durante el Bronce Final II y el inicio del III o, muy al contrario, si debe emplazarse en un momento más tardío. La mayor parte de los estudiosos se decantan por la primera posibilidad, si bien es justo reconocer que no con gran bagaje de argumentos: el paralelo entre las lanzas tipo Huerta de Arriba/Padilla y las «parisinas» de Mohen (Ruiz-Gálvez); la relación de las navajas de afeitar del primero de los yacimientos burgaleses citados con las bretonas tipo Henon (Fernández Manzano); o la proximidad de las hachas de talón meseteñas, indistintamente con una o dos asas, con las del horizonte aquitano de Creón-Saint Loubès, sincrónico de Saint-Denis-de-Pile, pero en el que faltan las clásicas espadas sustituidas por hachas de talón y de alerones subterminales (Coffyn).

Así y todo, los aspectos polémicos de la atribución son numerosos, no pudiendo pasarse por alto que algunos de los elementos presentes en los más importantes depósitos no dejan de tener una cronología conflictiva, acaso ligeramente posterior a la antes expuesta. Nos referimos, a título de ejemplo, a los recipientes de chapa de bronce claveteados, hoy desgraciadamente perdidos pero que existieron, según el testimonio de Santa-Olalla, en el escondrijo burgalés de Huerta; como también cabría hacerlo a las hachas de apéndices laterales de los conjuntos de Covalada, Coruña del Conde y Gumiel de Hizán, o a las hachas planas con anilla (tal vez mejor definidas como *palstaves* de talón atrofiado) presentes en el depósito, también burgalés, de Padilla de Abajo. Pero la realidad es que seguimos mostrando serias reticencias a clasificar todos estos conjuntos en el Bronce Final III. El hecho de que las hachas de talón típicas de la Meseta y el Cantábrico falten por completo en Venat es uno de los principales obstáculos que encontramos para hacerlo. Todavía lo es más la comprobación de que sólo algunos de nuestros *palstaves* registren aleaciones plomadas, tan típicas del fin de la Edad del Bronce, mientras que la mayoría denotan simple composición binaria Cu/Sn, un detalle bastante revelador a la hora de defender la posición cronológica de buena parte de la metalurgia de los rebordes montañosos de la Submeseta Norte en una fase previa a la Baiões-Venat.

Tras esta reflexión, y a pesar de la comentada disociación arqueológica entre Cogotas I y el Bronce Atlántico, nos parece inevitable seguir sosteniendo cierto sincronismo entre ambos fenómenos, y decimos sólo cierto pues la plenitud de la metalurgia atlántica meseteña fue, como vimos al final del apartado anterior, indiscutiblemente postcogotiana. El porqué de la tan aireada disociación está por resolver. Una posibilidad es que los broncees pudieran haber sido productos importados, no salidos de factorías Cogotas I; tal serviría para explicar, ciertamente, las razones de que no conociéramos documento alguno que acredite su fundición local, aunque tampoco resolvería el por qué no hay asociación de broncees y de cerámicas excisivas y del Boquique. Según nuestra opinión, podría recurrirse a dos argumentos para defender la

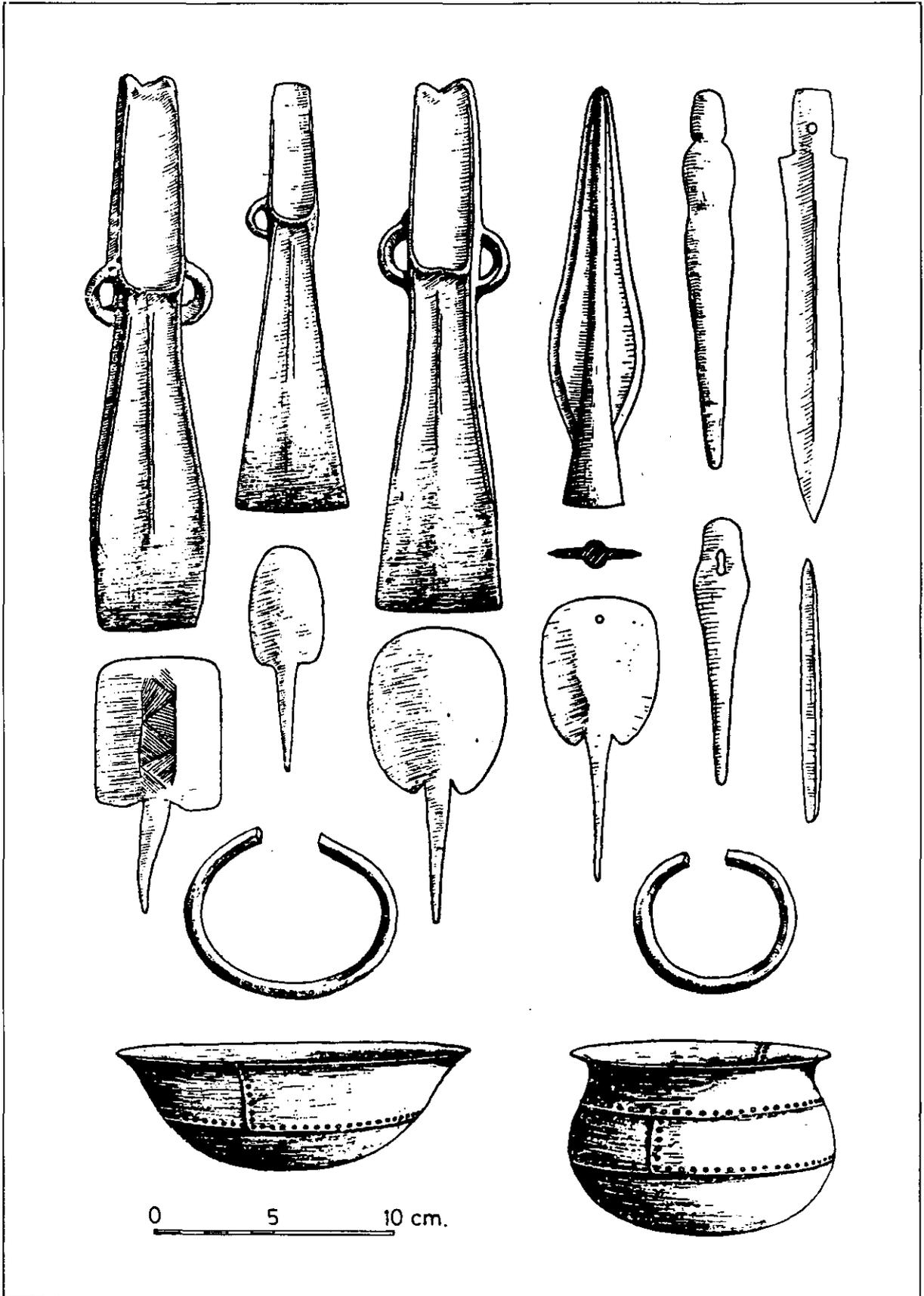


FIG. 3. Bronces atlánticos del depósito burgalés de Huerta de Arriba, según Martínez Santa-Olalla.

condición local de los materiales metálicos debatidos. El de más contundencia sería la comprobación de que tanto los depósitos como los hallazgos sueltos de tipología atlántica de este momento presentan una peculiar dispersión que se adapta muy precisamente a los mejores terrenos cupríferos de la Submeseta Norte (Villamanín, en León; Cervera de Pisuerga y Ruesga, en Palencia; La Demanda, en Burgos y Soria), faltando por completo en las zonas sedimentarias y prácticamente en el Sistema Central, a donde los estímulos del comercio atlántico no parecen haber llegado muy nitidamente, al menos por entonces. En segundo término, sería una omisión imperdonable pasar por alto la personalidad de esta metalurgia de inicios del Bronce Final III del norte y este de la cuenca del Duero, dada la peculiar morfología de los tipos en funcionamiento que permiten segregarla sin excesivas dificultades de la del Noroeste o Portugal, no así tanto de la de los territorios cantábricos más próximos (Santander y Asturias) con los que la afinidad es mucho mayor.

Desde esta perspectiva, la posibilidad de considerar productos de comercio a todos estos bronce pierde bastante consistencia; tanto como la que le faltaba a la hipótesis de que pudieran haber sido elementos fabricados por las poblaciones locales. No hay, pues, una lectura inmediata, sobre la marcha, de los datos disponibles, lo que nos hace pensar que la realidad en la que se entroncan éstos tenía una estructura de funcionamiento más compleja, de manera que la superposición en un mismo espacio de veneros cupríferos, depósitos y yacimientos Cogotas no significa necesariamente mineral beneficiado para fabricar bronce por parte de los pastores de excisión y Boquique. Ya hemos visto cómo la metalurgia propia de éstos nada tenía que ver con la atlántica; se impone por tanto la búsqueda de una alternativa. La que formulamos parte de dos hechos que, aunque no probados, no resultan difíciles de admitir: 1.—El cobre fue un material codiciado en el circuito comercial atlántico, y muy particularmente en el cuadrante noroeste peninsular donde sus mineralizaciones son escasas y de importancia relativa. En este sentido, no parece improbable que el mineral del Macizo Asturiano y la Cordillera Cantábrica concitara la atención de los metalurgos periféricos (atlánticos y, más concretamente, cantábricos), máxime cuando sabemos, a través de los trabajos de De Blas Cortina, que minas como las de Aramo o La Profunda se explotaban ya asiduamente desde el Bronce Antiguo. 2.—El territorio en el que se hallan los veneros cupríferos es dominio de las gentes Cogotas I. Ellas, como propietarias, ejercieron el control de un bien altamente cotizado en los mercados atlánticos.

Nuestra propuesta se redondearía entendiendo los bronce como materiales resultantes del intercambio del mineral, de manera que su coincidencia con los sectores de minas no obedecería tanto a su fabricación *in situ*, con el cobre local, como a la reciprocidad de la práctica comercial: serían la contrapartida del cobre exportado, lo que explicaría su concentración en sólo este ámbito y no en todo el vasto territorio cogotiano. En un contexto tan poco cosmopolita como el de Cogotas I los bronce circularían como

elementos de prestigio exclusivamente, lo que justificaría su ausencia reiterada en los ajuares domésticos. Del mismo modo que alguno de los personajes enterrados en la fosa triple Cogotas I de San Román debió ser un individuo prestigioso, según se desprende de que su ajuar estaba constituido por un elemento importado, en este caso del Suroeste, como la fíbula de codo, también los propietarios de los escondrijos de Huerta, Covalada o Padilla de Abajo habrían sido exponentes de una élite indígena, entre cuyas varias potestades seguramente se contaba la de controlar la explotación del cobre en su correspondiente territorio.

Si también desde el Atlántico llegaron a la Meseta algunas joyas de oro por esta misma época —el caso, sin ir más lejos, del extremo de un torques de tipo Tara/Bodonat recuperado en Castrojeriz, que conocemos gracias a la amabilidad de B. Castillo—, es muy posible que resultaran arrastradas por la mencionada corriente comercial que, sin embargo, no llegó a ser revulsivo suficiente para transformar el fondo de arcaísmo (por ejemplo tecnológico) de los pastores de Cogotas I. El difícil equilibrio de nuestra hipótesis nos llevaría a admitir el empleo de espadas pistiliformes por parte de los régulos meseteños, pero también la ineptitud de los mismos para autoabastecerse de este tipo de armas. Valdría la pena reflexionar en este punto sobre la teoría tantas veces enunciada, pero aún por contrastar, de si pudieron haber sido los móviles pastores de excisión y Boquique los responsables, como agentes transmisores, de la presencia en el Sureste de espadas de tipología tan abiertamente atlántica como la Saint Nazaire de Tabernas o la, mucho más discutible, dada su reducida talla, Ballin-tober de Herrerías, ambas almerienses.

c. Area nuclear y territorio de expansión Cogotas I.—Vertiente muy comentada hoy de Cogotas I es la de su amplia dispersión. De reconocérsele hace veinte años una distribución estrictamente meseteña, ceñida a las tierras del sur y este del Duero, así como a los areneros de Madrid —recuérdese, por ejemplo, el primer trabajo de Maluquer sobre la técnica del Boquique—, hemos pasado a una situación en la que las cerámicas típicas de este mundo se registran o creen registrarse, por doquier. Primero el espacio cogotiano se amplió hacia el norte con la identificación de los clásicos «basureros» de la Llanada Alavesa, tan jaleados por Palol. Más tarde, se reparó en su presencia en el Levante —Cabezo Redondo e Isleta de Campello— y Murcia —Santa Catalina—. La principal llamada de atención se produjo, con todo, a raíz de la excavación de los poblados granadinos de Monachil y Purullena, desde el momento en que permitieron conocer la posición postargárica y previa al Bronce Final consolidado de la zona, constituyendo lo que, sobre todo después, en Fuente Alamo (Almería), fue bautizado con el nombre de *Bronce Tardío*. En el Bajo Guadalquivir, si prescindimos de algunos datos confusos de la zona de Los Alcores, Cogotas I comenzó a cobrar representación a partir del estudio del célebre corte estratigráfico de Carmona, efectuado por Carriazo y Raddatz; pero lo que fue un punto aislado en los últimos años ha alcanzado más amplia definición merced a los hallazgos de Setefilla, El Berruco de Medina Sidonia, Montemolín, etc. Tam-

bién aguas arriba, en la campiña cordobesa, hay constancia de materiales Cogotas I más o menos abundantes y típicos en el Llanete de los Moros de Montoro. Más recientemente todavía, por último, se han identificado cerámicas excisas y del Boquique de nuestro grupo en el bajo Duero (Tapado de Caldeira, Bouça de Frade o Monte do Padrão) y en el Ebro medio (Calatayud, Moncín...), existiendo sospechas de que algunas cerámicas con ondas de Boquique, todavía más orientales, pudieran corresponder también a esta órbita, aunque, como han defendido Maya y Petit, podría tratarse de especies de cronología algo más antigua y diferente tradición.

El nuevo mapa peninsular Cogotas I —en el que deliberadamente no se incluye una cazuela con tema de punto-en-rayas que dio a conocer uno de nosotros hace años procedente de Covas (Orense), por ser seguramente neolítica o del Cobre, pero al que sí habría que incorporar algún hallazgo suelto de Extremadura, aparte de los conocidos barros incisos de la Cueva del Boquique— se diría que nada tiene que ver con el originalmente pergeñado por Maluquer. La Meseta parecía haber perdido todo protagonismo en un mapa profusamente sombreado y sin grandes vacíos. Sin embargo, es necesario poner el acento en la multiplicación extraordinaria del número de hallazgos Cogotas I producidos en este espacio en los últimos años. Y es esa imponente densidad de estaciones de dicho signo atestiguada en casi todo el territorio del Duero, La Rioja alavesa y la vertiente derecha del alto Tajo (imprecisamente, de Toledo a Cuenca), la que nos anima a admitir que entre tales límites hubo de hallarse el territorio nuclear Cogotas I. Fuera de ese ámbito, los elementos diagnósticos cogotianos se manifiestan mucho más aisladamente desde un punto de vista geográfico, espacial, y mucho más diluidos, con frecuencia, en contextos aparentemente ajenos al grupo, lo que nos da pie a referirnos a una posible área de expansión. Con ello hemos llegado al núcleo del problema que pretendemos afrontar: ¿qué significado exacto o qué alcance puede dársele a dicha expansión?

La cuestión reviste una trascendencia extraordinaria desde el punto de vista de la configuración del sustrato de los pueblos protohistóricos, puesto que nada infrecuentemente, y aunque ello en apariencia vaya en contra de los modernos planteamientos sobre el desarrollo y el cambio cultural, *expansión* se identifica con desbordamiento de un determinado grupo social más allá de sus fronteras y suplantación en las nuevas tierras de la población preexistente. No es raro, así, encontrar sobre el tapete de la discusión términos tales como *avance*, *repliegue*, *migración*, *desplazamiento étnico*, etc., que tienen, repetimos, indudables connotaciones invasionistas. No deja de ser curioso y contradictorio que cuando todavía nos jactamos de haber superado la interpretación migracionista de Cogotas I (la primera oleada de *Urnenfelder*, según Bosch y Almagro), no manifestemos mayor reparo en aceptar un mecanismo similar para explicar la presencia de elementos meseteños más allá de sus fronteras iniciales. La llamada *expansión Cogotas I*, en nuestra opinión, que expondremos brevemente, fue de naturaleza completamente distinta y seguramente respondió

a unos móviles que muy poco tenían que ver con el deseo o la capacidad de los grupos del interior peninsular de ampliar su propio territorio.

Si algo nos parece importante destacar es el singularísimo papel que desempeñan los materiales Cogotas I en los territorios alcanzados. Se manifiestan mucho más aisladamente que en el área nuclear y aparecen formando parte de contextos paralelos pero completamente ajenos al Bronce de la Meseta. Cítese, como ejemplo, que en El Cabezo Redondo de Villena, Fuente Alamo y Monachil las cerámicas excisas y del Boquique son escasísimas en comparación con las propias del fondo de cultura material de tradición argárica de los niveles en que comparecen, de suerte que podría decirse, sin gran reparo, que las especies allí presentes constituyen una adición, una agregación, al sustrato local, nunca el exponente de un mundo completamente nuevo. Por otra parte, esa misma es la sensación que trasciende del análisis de las vasijas cogotianas del Llanete de los Moros, escasísimas y fabricadas con pastas distintas a las no Cogotas contemporáneas, como subraya Martín de la Cruz, aparte de sumidas en contextos imposibles de comparar con el de cualquier yacimiento sincrónico meseteño. La observación valdría, asimismo, para los materiales de La Mesa de Setefilla y El Berrueco de Medina Sidonia, e incluso, aunque podrían corresponder ya a un Bronce Final consolidado, para los de Carmona. De igual modo, para terminar, cabría invocar los hallazgos del curso inferior del Duero: una sola fuente de Boquique en los hoyos de Tapado de Caldeira, correspondientes a un horizonte de Bronce Tardío con jarritas lisas o decoradas con mamelones, y algunos fragmentos en Bouça de Frade, localizados en dos puntos distintos del yacimiento, abajo acompañando a materiales locales igualmente de fines del Segundo Milenio (los antiguos vasos de «chapeu invertido») y en el sector superior, bien es cierto que más atípicas, formando parte de un contexto algunos siglos más tardío, en conexión con cerámicas acanaladas propias de la zona e incisas tipo Baiões. Su representación en ambos casos parece, una vez más, minoritaria.

Si algo cabe deducir de la consideración anterior es que los yacimientos periféricos en los que están presentes excisión y Boquique no resisten comparación con las estaciones clásicas Cogotas I del área de la Meseta. El sustrato local en cada una de las zonas marginales es distinto (por ejemplo, en Fuente Alamo y Setefilla) y prevalece siempre, obteniéndose la impresión de que el escaso material Cogotas I de cada yacimiento reviste una condición intrusiva. Hablaríamos gustosamente de *yacimientos con cerámicas Cogotas I*, pero no de *yacimientos Cogotas I*, lo cual se nos antoja de enorme significación a la hora de descifrar el auténtico alcance de la «expansión» del grupo meseteño. Por lo que sabemos hasta ahora, un único asentamiento ajeno a la Meseta podría reivindicar una valoración diferente. Nos referimos a la Cuesta del Negro de Purullena, del que Molina dice es un enclave «extraño al mundo cultural que le rodea y una auténtica avanzadilla de las poblaciones de la Meseta en el Sudeste», extremo que basa en la abundancia de las ricas cerámicas de incrustación, en vivo contraste con la situación que se registra en otros

hábitats del Argar Tardío —por lo tanto contemporáneos— de la misma zona.

Sólo en este último caso resultaría posible defender que hubo presencia efectiva de un contingente humano de la Meseta, y si el resto de los yacimientos hubieran denotado un comportamiento similar, partiendo de su cronología posterior a la de las estaciones de la zona central, habría una base para discutir la viabilidad de un fenómeno invasionista. En los términos en que se presenta hoy el debate, esta última tesis nos parece inaceptable. Para el establecimiento de Purullena, reconocido su aislamiento, resulta verdaderamente sugestiva la explicación de Molina, que considera la penetración de grupos meseteños en función del aprovechamiento ganadero del altiplano granadino, de manera que Cuesta del Negro sería «uno de los pocos enclaves que jalonarían los caminos de la Meseta hacia el sur, para facilitar la trashumancia de ganado». La hipótesis, no masivamente migracionista, propugnando una penetración selectiva de grupos humanos puntuales en pos de unos recursos pastoriles de valor bastante relativo para las poblaciones locales, se adecúa mejor a la realidad arqueológica que la de la *gran expansión*. Sería interesante, inclusive, tratar de precisar si esa presencia real de pastores Cogotas I en Purullena no pudo haber tenido un carácter estacional, reiteradamente estacional, más acorde si cabe aún, con el modelo de trashumancia. Mas, en cualquier caso, habríamos accedido a un posible resquicio argumental para explicar la presencia de esos pocos materiales meseteños en los contextos periféricos culturalmente extraños al mundo cogotiano: el intercambio con los pequeños núcleos de población pacífica e, insistimos, no masivamente infiltrados desde el corazón peninsular.

La explicación adquiere mayores tintes de verosimilitud vista la diacronía de los hallazgos de las zonas no nucleares. Caso de haberse producido un derrame homogéneo de población meseteña más allá de sus fronteras, lo lógico es que éste hubiera tenido lugar bien como consecuencia de un gran *raid* militar —situación que encajaría bastante bien con la idea de que este tipo de movimientos se dan sobre todo entre pueblos ganaderos, como parecen haberlo sido los de Cogotas I—, bien a resultas de un modelo de expansión más lento, motivado por presión demográfica, del tipo *oleada de avance*. Pero las evidencias arqueológicas no parecen sustentar ninguna de tales formas. Hay una falta de unidad absoluta en las fechas de C-14 correspondientes a los contextos con material Cogotas I de Andalucía (siglos XVI y XV en Setefilla; XIV-XIII en Fuente Alamo; XII-X en los poblados granadinos; XI-X en el Llanete de los Moros) y Portugal (XIII en Tapado de Caldeira y VIII en uno de los sectores de Bouça de Frade); se trata, por lo tanto, de dataciones discontinuas, que reflejan a la perfección cómo no hubo una invasión instantánea, sino unos contactos escalonados y más o menos episódicos. Es el testimonio de una presencia minoritaria (los materiales de cada uno de los momentos son realmente muy escasos) y producida de forma no abrupta, lo que desacredita la tesis de una expedición militar con suplantación poblacional incluida. La crítica al procedimiento de la oleada de avance se

apoyaría sobre todo en la imposibilidad de aplicar a nuestro caso su principio fundamental: la distancia de los grupos lanzados respecto al origen siempre será directamente proporcional al tiempo transcurrido desde el inicio del movimiento..., algo que no encaja desde luego con el aislamiento de las altas fechas de Setefilla.

En resumen, creemos injustificado hablar de una gran expansión Cogotas I durante el Bronce Tardío y Final. Cogotas I no fue la gran cultura de extensión peninsular que los últimos mapas, muy nutridos de hallazgos, pueden dar a entender tras un análisis superficial. La presencia de excisión y Boquique sólo es verdaderamente intensa y continua en el centro de la Península, por lo que insistiremos en considerarlo el área nuclear. En la Meseta, en efecto, no hay otro Bronce Tardío y Final (al menos en su fase anterior) que no sea el de las típicas cerámicas de incrustación. En las regiones periféricas, sólo muy excepcionalmente puede hablarse de avanzadillas de poblaciones meseteñas, caso de Purullena, sin que en ningún caso puedan confundirse con movimientos expansivos de gran envergadura. El material arqueológico Cogotas I fuera del área nuclear representa un añadido exótico, cuyo carácter intrusivo se pone de manifiesto al comparar la globalidad del contexto en que figura con el de cualquier yacimiento de la misma fecha de la cuenca del Duero. Quede pues constancia de nuestra particular interpretación de la expansión cogotiana: tímidas penetraciones poblacionales hacia el este y el sur, tal vez sólo de carácter estacional, y, desde luego, sin ningún afán de conquista territorial (movimientos ganaderos, trashumancia...), e intercambio de productos por parte de estos grupos con las poblaciones sedentarias locales de las zonas en las que impactan. Entendidas así las cosas, esos grupitos dinámicos Cogotas I que transitaban las vías naturales hacia el sur con sus ganados, podrían haberse convertido en un importante agente comercial, a través del que, acaso, podría explicarse la ya citada presencia de armas atlánticas en el Sureste; del mismo modo, y en sentido inverso, esta misma podría ser la explicación para el realmente nutrido conjunto de fibulas de tipo Huelva arribadas a la Meseta.

3. LAS TRANSFORMACIONES DEL PRIMER HIERRO

La sensación de discontinuidad entre Cogotas I y el mundo subsiguiente es muy acusada, lo que justifica las interpretaciones tradicionales, claramente rupturistas, sobre el particular. La renovación, por otra parte, debió ser un fenómeno muy generalizado, al que, por lo que sabemos, no debió escapar ningún sector meseteño, por más que el comportamiento de cada uno de los mismos no fuera, ni mucho menos, idéntico.

Mas si hubiera que subrayar los aspectos más sobresalientes del cambio, por encima de la sustitución brutal de las especies cerámicas de incrustación por otras predominantemente lisas y de superficies finamente bruñidas, tendríamos la obligación de referirnos

a la profunda transformación acaecida en el plano del poblamiento. Las antiguas alquerías Cogotas I, en las que la provisionalidad de las estructuras de habitación impedía a los arqueólogos distinguir en el mejor de los casos algo más que la huella de unas cabañas de ramaje, con sus estructuras subterráneas de almacenamiento, van a ser sustituidas, desde seguramente el siglo VIII, por verdaderos hábitats nuclearizados, por poblados estables constituidos por casas auténticas de piedra o adobe, que reflejan el carácter duradero, permanente, de la ocupación. Estamos hablando de las primeras casas propiamente dichas de la prehistoria de la Submeseta Norte, en contraste con las cabañas y refugios de momentos anteriores; hablamos, posiblemente, de la aparición en la zona central del valle del Duero de un paisaje campesino mucho más acorde con el que podemos contemplar hoy en día que con el que debieron configurar los mínimos y dispersos, por no decir inconsistentes, nucleolos cogotianos, mucho más adaptados al paisaje natural y con mucha menor incidencia en la remodelación de éste.

La misma sensación de permanencia de los hábitats es proporcionada por otros indicios que no deben pasarse por alto. En los asentamientos del centro de la cuenca son habituales, por ejemplo, las superposiciones de poblados de adobe —recuérdese el caso más conocido de El Soto de Medinilla—, circunstancia que, probando que se trata de establecimientos de larga trayectoria, ha motivado la aparición de verdaderos «tells», con cuatro y cinco metros de sedimentos, correspondientes a no más de medio milenio de ocupación. Y, del mismo modo, merece la pena referirse a la aparición, cñiendo a los poblados, de magníficas obras de fortificación —las murallas de adobe y estacas excavadas por Palol en El Soto, que parecen repetirse en el hábitat de Zorita, en Valoria la Buena, o las de piedra de tantos yacimientos de la periferia en la base de las «culturas castreñas» de la Meseta—, las cuales representan una inversión constructiva perfectamente acorde con la filosofía de permanencia y de estabilidad delatada, en otro plano, por las viviendas. Tal vez sea conveniente, llegados a este punto, recordar que los asentamientos Cogotas I, siempre diseminados y sin límites muy precisos, no suelen contar con defensas artificiales, no debiendo confundirse con tales algunos vallados de tierra y piedras —mejor ribazos que murallas, caso de los de Cogeces del Monte— que carecen del más elemental sentido arquitectónico, sin duda de acuerdo con su función como cercas para el ganado.

La falta de excavaciones en extensión —ninguna realmente fuera de la de El Soto o de la, pésimamente conocida, de Sanchorreja— y la escasez de trabajos de arqueología espacial correspondientes a esta época nos impiden hacer más hincapié en estos interesantes aspectos. Con una información tan parcial, córrase el riesgo, además, de hacer más «teoría general» de la que en realidad puede hacerse. Sin embargo, pese a ello, no nos resistimos a citar alguno de los resultados de un trabajo de Rojo Guerra sobre el poblamiento protohistórico de la antigua laguna de La Nava, en Palencia: la discontinuidad Cogotas I/Primer Hierro se plasma en el detalle de que nunca —al menos la

arqueología nunca lo ha contrastado— los establecimientos de nuevo cuño se asientan en un viejo solar cogotiano; por lo general, además, son mucho mayores que los del Bronce, tienen mucha más entidad que ellos... a cambio, empero, de ser menos numerosos. Este detalle, que no debería ser obstáculo para hablar de crecimiento demográfico, representa tan sólo la implantación de un nuevo modelo de poblamiento, mucho más nuclearizado; un tipo de poblamiento que marca el inicio del proceso de concentración que conduce a los *oppida* del Segundo Hierro y que, no podemos olvidarlo, es el primero de carácter protourbano del que tenemos constancia con absoluta certeza en el espacio de la Meseta.

Relacionar la nueva situación con cambios económicos es una hipótesis de trabajo ciertamente tentadora. Tal vez fuera el momento de invocar para el interfluvio Duero/Pisuerga la sugestiva idea de Palol de que los habitantes de El Soto *céltico* (el antiguo, para distinguirlo del *celtibérico*) fueron agricultores de aluvión, fuertemente especializados, explotando las feraces tierras del fondo de los valles y obteniendo amplias cosechas de cereales y leguminosas —de cuyo almacenamiento hay constancia arqueológica—, en contraste con los pastores de Cogotas I. Pero esta presunta dualidad no sabemos hasta qué punto resulta sostenible, vistas de un lado las importantes colecciones faunísticas de El Soto o de Sacaosjos y de otro la gran cantidad de graneros subterráneos (lo fueron sin duda los célebres «hoyos» en su gran mayoría) de los establecimientos de excisión y Boquique. No es poco lo que la investigación, tal vez desde la perspectiva del *site catchment analysis*, ha de decir sobre este campo en un próximo futuro.

a. El punto de partida: ¿Bronce Final IIIb o Hierro inicial?—Comúnmente tiende a identificarse, por puro afán de simplificación, este nuevo mundo meseteño con la Primera Edad del Hierro, pero la posibilidad de que su arranque haya de retrotraerse algo con respecto a ese siglo VII en que seguramente irrumpió el nuevo metal ya fue planteada por Palol al recordar la escasez de hierro en el nivel más antiguo de El Soto de Medinilla y su ausencia en la base de La Mota del Marqués. De tal manera, sin dejar de manifestar sus preferencias por otras ligeramente más modernas (700-650), la fecha de 800 a.C. ya es recogida por el citado investigador en varios pasajes de la *Carta Arqueológica* de Valladolid. La cuestión de si la nueva situación arqueológica es cien años anterior o posterior carecería prácticamente de importancia si no fuera porque de ella podría depender la posibilidad de que las grandes transformaciones acaecidas en el territorio hubieran tenido lugar como consecuencia de la aparición del hierro.

Más arriba hemos tenido ocasión de ver cómo las últimas fechas absolutas de Cogotas I nos sitúan en un momento ligeramente anterior al 800; también nos cabe traer a colación otras de la segunda mitad del siglo VII obtenidas en La Mota, en Medina del Campo, para un momento de madurez de este «Primer Hierro». Según todo ello, la hipótesis de que el horizonte Soto de Medinilla pudiera encontrarse ya implantado en el centro de la cuenca del Duero en el siglo VIII es perfectamente coherente. Queremos, no

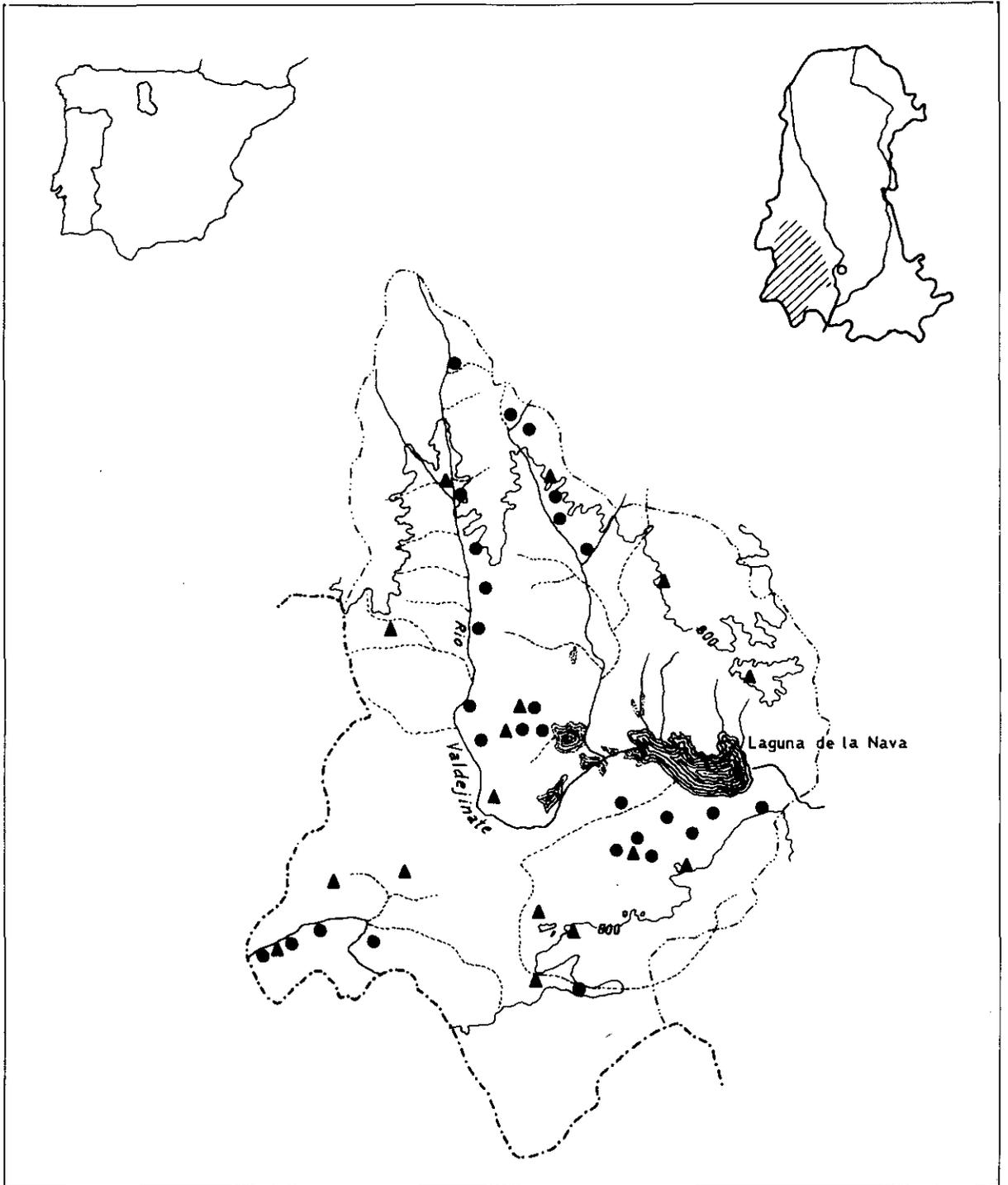


FIG. 4. Distribución de estaciones Cogotas I (círculos) y Soto de Medinilla (triángulos) en la antigua cuenca de La Nava, en la Tierra de Campos palentina (según Rojo Guerra).

obstante, incidir en una tercera línea argumental en pro de esta posibilidad que nos permitirá afirmar sin demasiadas vacilaciones que el inicio de esta fase se produce, en efecto, en el transcurso del Bronce Final IIIb: en los poblados de tipo Soto y coetáneos se fundió bronce a gran escala y de sus talleres salieron herramientas y armas de tipología avanzada dentro del Bronce Atlántico.

La vinculación de armas y herramientas bronceas a contextos Soto no es frecuente. Se reduce por el momento a una pequeña punta de jabalina tubular del Cerro de San Andrés, en Medina de Rioseco; a un lote de piezas similares del teso de San Lorenzo en Cisneros, Palencia; al conocido conjunto de lanzas, también de cubo, de Castromocho; a una espada-machete con pivote en el pomo de Paredes de Nava,

hallada en el importante yacimiento céltico-celtibérico de La Ciudad, y a un cincel de cubo recuperado en las inmediaciones del hábitat de Revellinos, en el borde mismo de la Salina Mayor de Villafáfila. Si en los tres primeros casos la tipología de las piezas resulta demasiado ambigua para deducir cualquier cronología, y lo demuestra, por ejemplo, la fluctuante actitud de los investigadores ante el conjunto de Castromocho, atribuido a prácticamente todas las etapas del Bronce Final Atlántico, no ocurre así con las dos últimas; el cincel, en efecto, encuentra sus mejores paralelos en el célebre depósito irlandés de Dowris (prácticamente de un Bronce IV) y, en cuanto al puñal de Paredes, es un claro exponente de la metalurgia Venat, conviniendo perfectamente, pues, a ambas una datación dentro del siglo VIII.

Pero si algo hay que despierte admiración es el considerable número de moldes de fundición y crisoles con huellas de colada broncea aparecidos en la excavación de poblados de este momento, pues revelan que los grandes objetos metálicos, fabricados localmente, seguían siendo de bronce. En los niveles inferiores de El Soto se recuperaron restos de crisoles, toberas y moldes de arcilla; en Valoria la Buena, crisoles; en Sacaosjos, crisoles y restos de moldes de barro y arenisca; en Gusendos de los Oteros, moldes de arcilla; en el Castillo de San Miguel de Burgos, fragmentos de toberas, moldes y crisoles, también de barro, y en el castro soriano de El Royo otro tanto. La fundición de bronce a cierta escala era, pues, actividad común en nuestros yacimientos, y la circunstancia de que la gran mayoría de sus moldes fueran de arcilla no carece de trascendencia cronológica, ya que su uso, indicativo por otra parte de fundiciones en serie, debió tener su momento de máximo esplendor en el transcurso del siglo VIII, según cabe deducir del fantástico taller metalúrgico localizado en el poblado de La Peña Negra de Crevillente, también asimilable, como nuestros bronces, al horizonte Venat.

Por desgracia, los moldes de barro de que hablamos se presentan en un estado sumamente fragmentario, que impide establecer muchas veces qué tipo de objetos se pretendían y, salvo rarísimos casos, a qué modelos precisos correspondían. Sabemos, sí, que en el Soto, El Royo y El Castillo de Burgos algunos sirvieron para la fabricación de lanzas tubulares..., pero no nos sentimos capaces de determinar, por ejemplo, si éstas eran de tipo Venat (el modelo atlántico más difundido por entonces) o diferentes. En El Royo parece posible, igualmente, dictaminar que se fundieron cinceles tubulares, pero sería absurdo pretender mayor información tipológica dado el gran deterioro del molde. Sólo en Gusendos de los Oteros se ha llegado a conocer con toda fidelidad la producción de hachas de apéndices laterales de un modelo bastante particular, esbelto, con el filo acampinado y los muñones en disposición oblicua, que constituye uno de los tipos más extendidos por Asturias y el norte de León/Palencia durante la última etapa del Bronce Final, debiendo llevarse sin duda a la octava centuria a.C.

Así vistas las cosas, y sin necesidad ya de entrar en mayores detalles —el hallazgo de nuevas hachas de

apéndices en los castros zamorano y soriano de Fradellos y El Royo, respectivamente; la condición de bronces plomados de muchas de las piezas de este período; la curiosidad de que también fundan, lo que ocurría antes, los talleres del centro de la cuenca, tan alejados de las áreas de aprovisionamiento de mineral...—, la ecuación *inicios de El Soto = Baiões/Venat = siglo VIII* se nos antoja perfectamente viable y, de resultas, también nos sería dado deducir que el punto de partida de las transformaciones acaecidas en la Meseta por esas fechas, que acarrearán el fin de Cogotas I, es suficientemente antiguo como para imposibilitar una relación directa entre tales cambios y la extensión del hierro.

b. Sobre los cambios y sus posibles causas.—El hecho de que El Soto de Medinilla sea punto de referencia más que obligado al hablar de la Primera Edad del Hierro en la Meseta Norte, unido al, no menos evidente, de que el número de poblados de características similares al citado sea mayor cada día, lo que nos lleva a señalar, sin excesivo temor a equivocarnos, que las facies que toma el nombre del poblado vallisoletano afecta a *todos los territorios sedimentarios de la cuenca del Duero*, no debe ensombrecer la existencia de otra realidad en la que tienen cabida nuevos grupos. En efecto, en toda la orla montañosa se aprecian ocupaciones de tipo castreño, que vienen a introducir una suerte de dualidad en tan vasto territorio.

Es verdad que ello permite hablar inicialmente de una cierta diversidad, apreciable a simple vista en las situaciones y emplazamientos de los hábitats, en la forma y materiales de sus sistemas defensivos, en caso de tenerlos, o en su arquitectura doméstica; diferencias todas ellas que, a buen seguro, no hacen sino traducir una distinta orientación económica, agrícola fundamentalmente en la cuenca sedimentaria y pastoril en las regiones montañosas, que nos remite, una vez más, a la dualidad inicial. Pero, tampoco en esta ocasión debe oscurecer esa apreciación el hecho de que, por encima de esa diversidad, que sería mayor sin duda si la documentación arqueológica nos permitiera ahondar en el conocimiento de cada uno de los dos grandes grupos, son muchos también los rasgos comunes. Comentábamos en la introducción a este apartado cómo los poblados Soto de Medinilla, frente a los de Cogotas I, constituían los primeros hábitats protourbanos, permanentes, pero de la misma manera ello puede señalarse para las castros marginales, cuyas imponentes obras defensivas hablan asimismo de su carácter estable; qué decir igualmente de su arquitectura doméstica, cuando cada vez es más evidente que, la que veníamos considerando vivienda propia de los poblados tipo Soto, de forma circular, comienza a prodigarse hoy en otros ambientes que ése, y pese a nuestro total desconocimiento de las necrópolis, qué duda cabe que unos y otros debieron, como sus vecinos conocidos, practicar la incineración. Por último, no habremos de olvidar que, por doquier, se imponen algunos materiales arqueológicos que, como las cerámicas a mano finamente bruñidas y, en ocasiones, pintadas y las fíbulas de doble resorte, vienen, una vez más, a introducir una amplia impresión de unidad por encima de la diversidad.

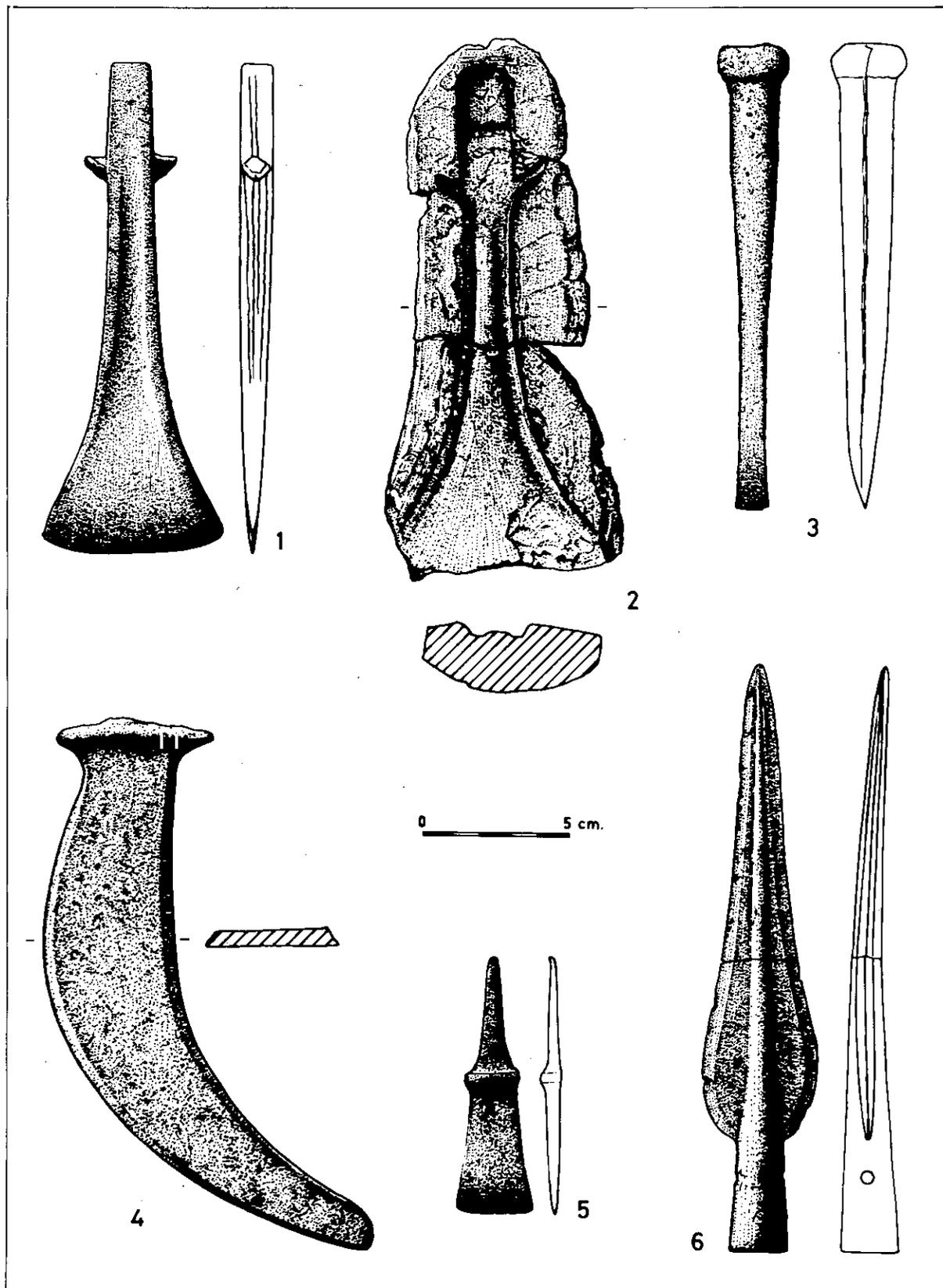


FIG. 5. Metalurgia del grupo Soto de Medinilla. 1. Hacha de apéndices laterales de Villaverde de Arcayos (León). 2. Molde de arcilla, para la fabricación de hachas de apéndices laterales, de Gusendos de los Oteros (León). 3. Cincel de cubo de Otero de Sariegos (León). 4. Hoz del depósito leonés de Torre de Babia. 5. Tranchet de Paredes de Nava (Palencia). 6. Punta de lanza de empaque tubular de Sahagún de Campos (León).

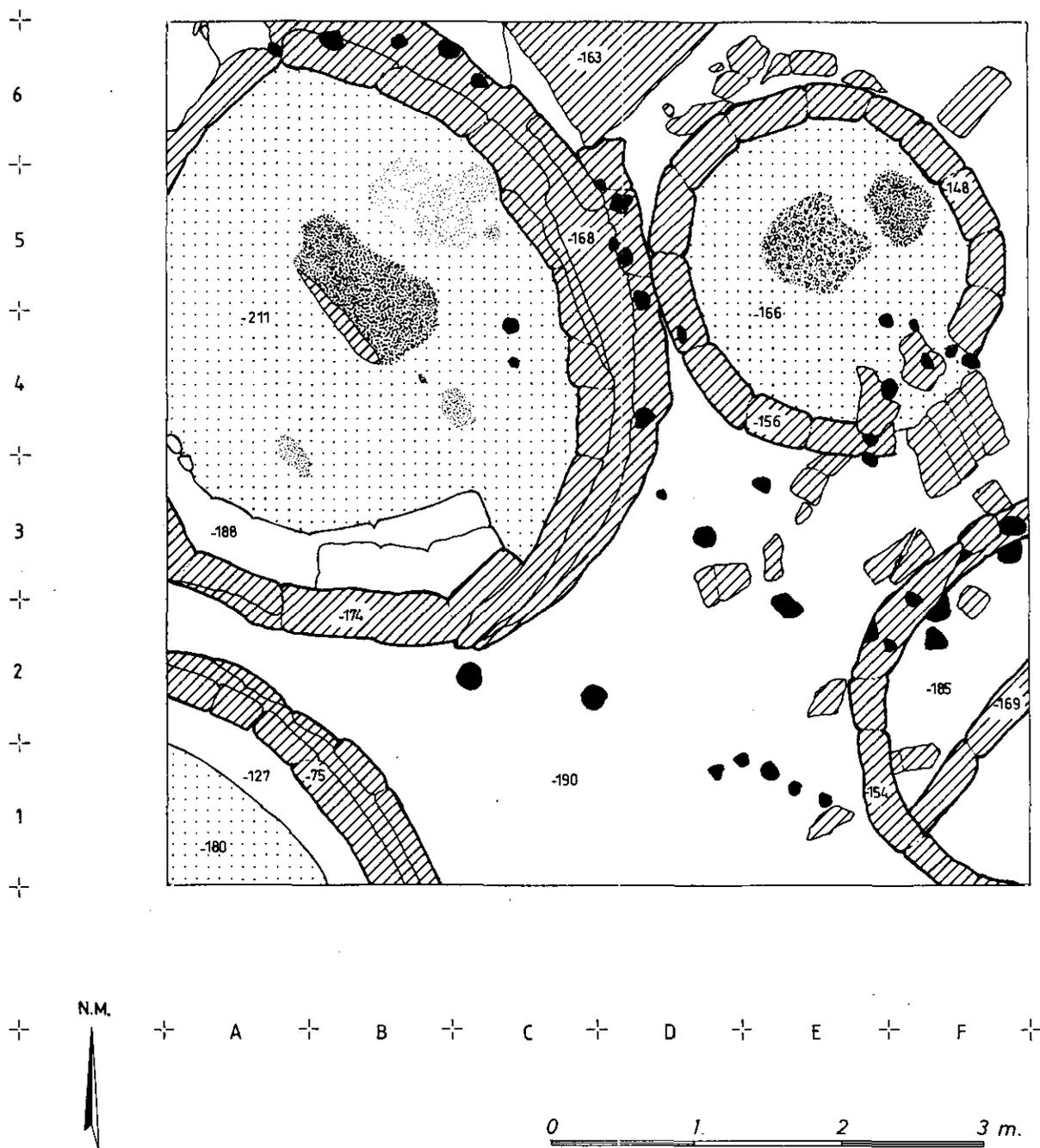


FIG. 6. Cabañas circulares de adobe de El Soto de Medinilla, Valladolid (excavaciones de 1989-1990).

Curiosamente, por otro lado, son en concreto todos estos rasgos citados los que podrían dar pie, habida cuenta su novedad, a hablar de la arribada, implantación y arraigo de nuevas gentes. Es evidente que los grupos de Cogotas I poblaron el territorio de manera sistemática, aunque también un tanto indiscriminadamente, y basta para comprobarlo asomarse a un mapa de dispersión de yacimientos de dicho signo. Ahora bien, no hay que olvidar la larga duración de dicha fase y lo endeble de tales hábitats, ni, tampoco, el que basándose en la proximidad de muchos de ellos se haya defendido en alguna ocasión la práctica de una agricultura de roza itinerante; en definitiva, pese

a su número, es difícil, si tenemos en cuenta la imposibilidad de establecer la contemporaneidad de todos los asentamientos, adivinar el auténtico alcance de dicha ocupación. Frente a ello, sí parece poder admitirse, por más que también en esta ocasión se haya hablado de agricultura itinerante, la contemporaneidad de los poblados del Soto, en particular a partir del Soto II, momento cuyos inicios se sitúan habitualmente en el 650 a.C., teniendo presente la tantas veces repetida ecuación *Soto II = Cortes PIIb*, establecida por Palol, y que Esparza prefiere rebajar, recientemente, al 600; dicha fase parece coincidir asimismo con la, igualmente atestiguada, expansión

del grupo hacia el Noroeste, lo que daría pie a considerar, en este sentido, la consolidación de las nuevas gentes.

El hecho mismo de que haya podido comprobarse en El Soto de Medinilla cómo sus moradores abordaron la ingente empresa, a comienzos del Soto I-2, de erigir la empalizada y muralla de adobes, pudiera tener la lectura de que, tras su quizá tímida instalación inicial y comprobado el éxito de su régimen agrario por los indígenas, se hubieran visto obligados a defenderse. Ello supondría la contemporaneidad, ya contemplada por Palol, de Cogotas I y Soto I en algún momento, lo cual, como hemos visto ya, no parece estratigráficamente viable; por otro lado, no hay que olvidar que ningún yacimiento Soto ha proporcionado jamás material asimilable a Cogotas I, ni viceversa, a no ser quizá el, tan mal conocido todavía, de Los Castillejos de Sanchorreja. Habría que pensar, por tanto, en algún otro argumento para justificar tal obra defensiva; quién sabe si el prestigio o las rencillas entre las gentes del mismo grupo. De todas formas, y ahí la dificultad, otra vez, de resolver la fisura, a no ser la desocupación del territorio por algún tiempo, parece haber habido una suplantación total y absoluta. Pero ¿por quién? y ¿cómo? En cualquier caso, la muralla se derrumba y no vuelve a estar en activo a partir del Soto II, coincidiendo, quizá no casualmente, con el momento en que veíamos podía hablarse de auténtico arraigo de estos agricultores de aluvión.

Algo similar podría decirse, por ejemplo, de uno de los grupos castreños periféricos posiblemente mejor conocidos: el soriano. Aquí, no cabe duda alguna, se produjo una auténtica y primera, como acertara a ver en su día Taracena, ocupación sistemática del territorio, pues los yacimientos del Bronce Final escasean y además ocupan zonas distintas. Por otro lado, es sobradamente conocido que sus preocupaciones defensivas fueron notables, pues, amén de aprovechar las ventajas naturales al respecto, no dudaron en construir murallas y barreras de piedras hincadas y aún en excavar fosos. Uno y otro aspecto son totalmente novedosos en el oriente de la cuenca y el reciente hallazgo de un friso de piedras hincadas —que se fecha en la segunda mitad del siglo VII a.C., y por tanto justamente antes que los sorianos— en un contexto de Campos de Urnas del Hierro, en el poblado de Vilars, en la localidad leridana de Arbeca, es tremendamente tentador a la hora de pensar en la llegada de nuevas gentes.

Conviene tener presente, sin embargo, que frente a la sensación de despoblación que, a no ser por algunas necrópolis, daban las tierras del sur soriano, contrariamente a la impresión que producían las norteñas de la serranía, recientes trabajos de Jimeno y Revilla Andía han puesto al descubierto algo más de media docena de establecimientos del Primer Hierro en las tierras llanas de la comarca adnamantina. A la inversa que los habitantes de los castros, los de éstos apenas muestran interés por defenderse y sus emplazamientos se alzan como mucho algunos metros sobre la tierras laborables del entorno. Unos y otros parecen ser contemporáneos, o al menos debieron serlo en algún momento, como vienen a indicar sus materiales arqueológicos, por más que los autores citados inci-

dan en matizar las diferencias. ¿Cómo explicar entonces su distinta preocupación defensiva? Los argumentos bélicos, vista la dualidad, no parecen suficientes; los de prestigio, si tenemos en cuenta las dimensiones y homogeneidad de todos los castros, tampoco; finalmente, cabría sospechar de los económicos, aunque bien es cierto que sólo si la actividad de los primeros, que habría sido según creencia tradicional la pastoril, requiriese de protección singular.

No hay que olvidar, por otro lado, que contra la idea de que fueran estas gentes de hábitats claramente permanentes las primeras que ocuparan el territorio durante la Edad del Hierro podrían esgrimirse algunos datos. Así, la aparición en algunos yacimientos, tales como Numancia o Quitanas de Gormaz, de cerámicas excisas, similares a las del Alto Ebro o el Bajo Aragón, que pueden fecharse en el siglo VII a.C. y por tanto, con anterioridad a la cultura de los castros sorianos que, desde los trabajos de Taracena, viene fechándose en los siglos VI al IV a.C. Por otro lado, el hallazgo reciente en El Castillejo de Fuensaúco de una ocupación, presumiblemente menos estable, de cabañas circulares excavadas en la roca, que muy posiblemente haya que llevar al siglo VII también y relacionar con las gentes de las cerámicas excisas citadas, si tenemos en cuenta que dicho hábitat se extiende por debajo de una ocupación, que hay que suponer contemporánea a la de los castros y poblados antes mencionados, pues, al igual que unos y otros, muestra cerámicas a mano pintadas y grafitadas. La misma planta circular, aunque ya construida en piedra, se constata, quizá no debemos olvidarlo tampoco, bastante más tarde, en la segunda mitad del siglo V a.C. ya, en el Castro del Zarranzano, en Almarza.

Igualmente novedoso se nos ofrece el mundo funerario, pues, pese al práctico desconocimiento que tenemos del mismo, al menos para los siglos iniciales de la Edad del Hierro, algunos datos permitirían sugerir que se ha introducido y extendido la incineración. En efecto, debe citarse al respecto, en primer lugar, el hecho de que mientras las gentes de Cogotas I frecuentan habitualmente los dólmenes, aunque no sabemos si con fines funerarios, ningún material posterior a esa fase se documenta en dichos monumentos; por otro lado, no hay que olvidar tampoco que las tumbas Cogotas I, aunque excepcionales, siguen la vieja tradición campaniforme de inhumación en hoyo, como evidencia ejemplarmente San Román de Hornija.

El testimonio de las necrópolis sorianas, tan próximas a las más abundantes y mejor conocidas de la provincia de Guadalajara, permite pensar que tanto los habitantes de los castros como sus vecinos meridionales, practicaran el rito de la incineración; la documentación de poblados al sur de la línea del Duero viene a aproximar dos realidades un tanto disociadas en la arqueología soriana: castros y necrópolis, y el hecho de que en los primeros, como atestiguan El Castillejo de Castilfrío de la Sierra o el Castro del Zarranzano, en Almarza, se encuentren siempre, entre los escasos objetos de adorno en bronce, fibulas de espirales, tan habituales en las tumbas, parece ofrecer una nueva vía de acercamiento.

Más problemático es, sin duda, el caso de los poblados del centro de la cuenca para los que ningún dato sirve de referencia. Por ello, siquiera sea como hipótesis, se nos antoja tremendamente sugestiva la aventurada bien recientemente por Balado a propósito de la posibilidad de que el yacimiento arqueológico inmediato a la villa romana de Almenara de Adaja (Valladolid) fuese, durante la etapa correspondiente a la Primera Edad del Hierro, una necrópolis. Es cierto que el yacimiento no responde, por más que no falten otros ejemplos, al modelo habitual de asentamiento tipo Soto, pues se ubica inmediato a un labajo típico de las campiñas meridionales del Duero, sobre un profundo lecho de arenas; el dato esgrimido, sin embargo, no es otro que la reiterada aparición, en práctica exclusividad, de tres formas cerámicas: vasitos de carena resaltada, vasos de panza globular y cuello abierto y tapaderas. De ser así, el dato sería interesantísimo, tanto porque la ausencia de huesos humanos en la excavación excluiría la práctica de la inhumación, cuanto porque dichas formas, como ya viéramos con anterioridad y a no ser que quepa atribuirles un carácter funcional específico por tratarse precisamente de una necrópolis, nos remiten a la primera fase del Soto, adscripción que vendría avalada por la aparición en la excavación, al igual que en el homólogo horizonte de El Soto de Medinilla, de un fragmento de cerámica pintada.

Finalmente habremos de referirnos, siquiera sea rápidamente, a los materiales arqueológicos. Es evidente que, tal y como señalamos páginas atrás, determinadas cerámicas y algunos bronceos aparecen por doquier en el territorio meseteño; de la misma manera, podría señalarse que el hierro, aunque, como veíamos también, pudo haber aparecido incluso con cierta prontitud, no vino a generalizarse sino tardíamente. Si este segundo aspecto muestra una Primera Edad del Hierro un tanto arcaizante, aunque las manufacturas nada tengan que ver con las de la etapa anterior, la novedad que introducen las cerámicas fundamentalmente, con sus finas producciones y decoraciones pintadas, frente a las de incrustación del Bronce Final, y su parentesco con ciertas especies del otro lado de los Pirineos, hizo desde bien tempranamente argumentar su aporte de mano de gentes de allí venidas. Y un punto de referencia obligado nuevamente, en el que queremos centrar la atención, aunque no falten otros, es el de El Soto de Medinilla, ya que desde los comienzos mismos de su excavación se viene hablando del impacto europeo. Parece ahora forzoso interrogarse, por tanto, al respecto.

La formulación de esta pregunta en los tiempos actuales, tan propicios a planteamientos continuistas y a subrayar la importancia de los sustratos, podría interpretarse como provocación o insensatez. Provocación, en todo caso nada gratuita, si lo que se pretende con ello es iluminar en lo posible el umbrío árbol genealógico de los pueblos prerromanos de la Meseta. La cuestión, por otra parte, también se nos ocurre insoslayable siquiera sea para afrontar un asunto tan viejo como la propia investigación de El Soto de Medinilla, ya que desde los comienzos de los 60 la interpretación favorita de Palol sobre este mundo abunda en la relación del mismo, tal como vimos,

con Cortes de Navarra y los poblados «hallstáticos» del sur del País Vasco, considerando sin tibieza alguna su aparición como consecuencia de la arribada de poblaciones de carácter europeo, a las que calificó de *célticas*, que habrían penetrado en la Meseta franqueando las montañas de Burgos por el paso del Pancorbo. Se trataba, por lo tanto, de una explicación rupturista, de choque, bastante en consonancia con el gran cambio arqueológico producido en el valle del Duero al fin de Cogotas I.

Investigaciones recientes sobre el impacto europeo en el Noreste de la Península y el valle del Ebro han contribuido a precisar el alcance de los Campos de Urnas en dichos territorios y, como consecuencia del estudio de las fases más avanzadas, a desacreditar la posible condición hallstática de los influjos europeos del Primer Hierro, siendo sustituido este término, con bastante aceptación, por el de *Campos de Urnas de la Edad del Hierro*. Ruiz Zapatero, en su estudio de conjunto de los Campos de Urnas de la Península Ibérica, anota la presencia de contextos claros de Campos de Urnas, con las clásicas cerámicas acanaladas, en Cataluña y prácticamente todo el valle del Ebro; sin embargo, esta relativa uniformidad constatada durante el Bronce Final, parece romperse desde el siglo VII, lo que permite comprobar un comportamiento bastante particular de las tierras riojanas y navarras, en las que la impronta de los viejos Campos de Urnas se desdibuja sensiblemente. Almagro Gorbea habla de una *gradución del fenómeno Urnenfelder* en el valle del Ebro durante este momento, manifestándose de más a menos intensidad de este a oeste.

Más al occidente, en la Meseta, apenas si son apreciables siquiera testimonios de ese particular comportamiento navarro-riojano, pues, como se insinuó antes, contamos casi con los dedos de una mano los restos de cerámicas excisas —por otra parte las menos definidas—, que pueden vincularse a las originarias de dicho foco y, salvo el vasito de Las Cogotas, de procedencia más que discutible, todos provienen de la provincia de Soria. Si cuanto señalamos puede situarse en el siglo VII a.C., el panorama no parece más halagüeño de ahí en adelante. En efecto, por más que uno de nosotros filia a los castros sorianos como un *grupo de Campos de Urnas Tardíos del Hierro*, basándose, entre otros, en el paralelismo formal, decorativo y cronológico de sus cerámicas con las de los yacimientos alaveses, navarro-riojanos, aragoneses o alcarreños, de la misma manera que no se desdibujaban sus relaciones con las de los poblados del Soto, no vemos inconveniente hoy, y así lo hemos hecho constar ya en alguna otra ocasión, en sumarnos a la propuesta de Almagro Gorbea y Ruiz Zapatero, respecto de determinados grupos peninsulares, de referirnos a ellos como uno más de los *grupos de tradición de Campos de Urnas*, aun teniendo presente que el hallazgo de una barrera de piedras hincada en tierras leridanas ofrece no pocas tentaciones a la hora de pretender buscar vínculos y relaciones al este del Sistema Ibérico. Y si ello es así para el sector más oriental de la Meseta, la *degradación* a que antes nos referíamos se acentúa hacia el interior, quedando por tanto el pretendido impacto europeo en El Soto de Medinilla considerablemente mermeado.

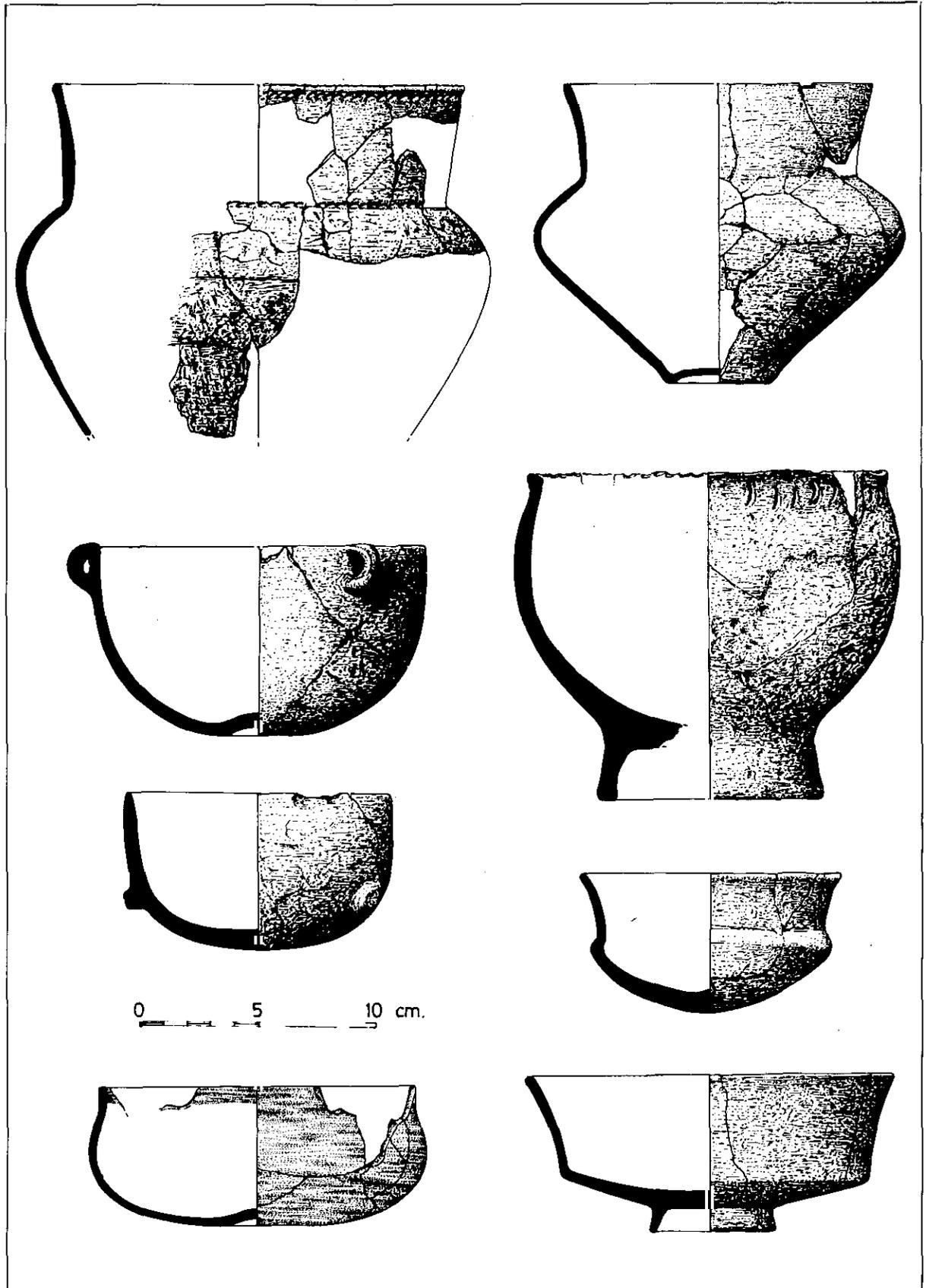


FIG. 7. Cerámicas de El Soto de Medinilla (Valladolid), recuperadas en las campañas de 1989 y 1990; la de abajo a la izquierda con decoración grafitada. Las dos superiores a mitad de la escala.

En otra dirección apuntan ciertas relaciones advertidas en los últimos años en diversos trabajos realizados todos ellos desde la Universidad de Valladolid. Así, tanto para la planta circular y la pintura de las paredes, como para ciertas formas cerámicas, tales como las fuentes o tapaderas de borde almendrado y los vasitos carenados, y aún la misma decoración pintada que ofrecen en ocasiones, no faltan paralelos en el mediodía peninsular, por lo que las miradas se han orientado más, últimamente, en dicha dirección. Extraña por ello que González-Tablas mantenga que fue la instalación de las gentes del Soto de Medinilla en el centro de la Meseta la que, en última instancia, sirvió de impulso al cambio entre Sanchorreja I y II; máxime cuando, como él mismo acierta a advertir, no son pocas las relaciones de Sanchorreja II con el mundo orientalizante extremeño y cuando, tanto allí como en otros poblados de tipo Soto, relacionados como tendremos ocasión de comentar en el próximo apartado con la segunda fase de Los Castillejos, se documentan fibulas de doble resorte que, a unos y otro, debieron llegar desde el sur, siguiendo, como antes la fibula de codo, la que luego sería *Vía de la Plata*.

En definitiva, no es fácil apreciar, y mucho menos explicar, a qué obedecen los cambios que tan notoriamente afectan a la Meseta a finales del Bronce y que dan pie a considerar que la Edad del Hierro ha comenzado. Si por un lado, la idea de la implantación de gentes foráneas es sugestiva, habría que sospechar, habida cuenta la *tabula rasa* de todo lo anterior, que la suplantación, como señalamos antes, fue total y preguntarse qué sucedió con los indígenas. Por otro, cabe apreciar matizaciones externas que apuntan, con mayor o menor intensidad, en más de una dirección. En uno y otro caso se detectan cambios e influencias, pero por el momento no es fácil, por más que pueda costar reconocerlo, saber los motivos o mecanismos a que obedecen.

4. EL PROBLEMA DEL TRANSITO DE LA PRIMERA A LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO

Pese a que con el tiempo, y muy particularmente en los últimos años, el término *posthallstático* que acuñara Bosch Gimpera haya venido cayendo en desuso, hasta haber desaparecido casi de la literatura científica, a no ser su empleo como aquí y ahora una mera referencia al pasado, podría decirse que no todas las connotaciones implícitas en el término han perecido con él. Otro tanto cabe señalar respecto de las culturas, igualmente definidas por Bosch Gimpera, *I, II y III de Las Cogotas*; ahora, sin embargo, aunque los términos se hayan mantenido, sus contenidos, al menos en parte, son otros. En cualquier caso, tanto las culturas *posthallstáticas* como la de *Cogotas II*, venían a significar un *tránsito*, una *fase intermedia*, entre las culturas *hallstáticas* del Primer Hierro, y el mundo *celtibérico*, de la plenitud del Segundo; las primeras, como una lánguida prolongación de aquéllas, iban acentuando su carácter local; la segunda marcaba una ruptura con *Cogotas I*. Unas y otra se verían

suplantadas, en última instancia, por la cultura *celtibérica*, cuya irrupción estaría presidida por el signo de la violencia.

Hoy, cuando, como hemos señalado, algunos términos han prácticamente desaparecido y otros cobijan contenidos distintos a los de hace unos años, pueden rastrearse resabios de la idea de una fase de transición entre el Primer y el Segundo Hierro y mejor, de una fase inicial de este último. La fecha del 500 a.C., en la que Maluquer situara los inicios de Sanchorreja II, sigue manteniendo, en este sentido, su carácter emblemático y el factor aglutinante son algunas especies cerámicas, entre las que destacaremos, por su acusada personalidad, las decoradas con motivos incisos o impresos a peine.

Así, en una reciente síntesis sobre la Segunda Edad del Hierro en el valle del Duero, Martín Valls hablaba de una primera fase, *de inicios de la segunda Edad del Hierro*, y una segunda, *o de transición al mundo celtibérico*, las mismas a las que muy poco antes, en su ponencia al Coloquio Internacional sobre *La Edad del Hierro en la Meseta Norte*, se había referido como *Cogotas IIa y IIb*, respectivamente. Se individualiza la primera de ellas, cuyo desarrollo vendría a coincidir con el siglo V a.C., en el suroeste de la cuenca y dos son los rasgos que la caracterizan: la aparición de las primeras cerámicas a peine, con motivos muy simples todavía, por un lado, y, en segundo lugar, la fortificación de los poblados, por influencia muy probablemente del sector oriental y quizá, habida cuenta la ausencia de otra razón aparente, sólo por prestigio. Durante la segunda se asiste a una intensificación de la diversidad cultural, apreciable en la del material arqueológico, pudiendo diferenciarse cuatro grupos distintos que, en líneas generales, se fechan en los siglos IV y III a.C.: los castros noroccidentales de las provincias de León y Zamora, los poblados y necrópolis del grupo *Miraveche-Monte Bernorio*, en Burgos y Palencia, los poblados *protoarévacos* de la provincia de Soria, al oriente, y, finalmente, al occidente, en las actuales provincias de Salamanca y Avila, los poblados y necrópolis de la llamada *cultura de los verracos* o de *Cogotas II*, que ahora, en su fase *b*, ofrecería cerámicas a peine con decoraciones barrocas y recibiría las primeras cerámicas a torno. Una quinta zona, en el centro de la cuenca del Duero, se entiende como proyección de esta última y se caracteriza por sus cerámicas a peine primero y las impresas con temas ornitomorfos, tipo Simancas, después; en definitiva, el horizonte que bautizara Palol como *protovacceo*.

Sobre este mosaico se impondrían progresivamente las cerámicas a torno pintadas, «fósil director» a partir de este momento de la fase que denominamos genéricamente *celtibérica* y que, entendida, en el centro y occidente sobre todo del valle del Duero, como un proceso de aculturación, se denomina *Cogotas IIc*. Se defiende, por tanto, un desarrollo sin solución de continuidad a lo largo de toda la Segunda Edad del Hierro. Ahora bien, ¿ocurre otro tanto en relación con la fase precedente?

De seguir a Martín Valls es evidente que hay que pensar en una ruptura entre ambos momentos de la Edad del Hierro, pues sólo así, y no de otra manera, cabe entender que juzgue «reliquia de la etapa ante-

rior» a las fibulas de doble resorte que, en el castro abulense de Los Castillejos de Sanchorreja o en los poblados salmantinos de El Picón de la Mora, en Encinasola de los Comendadores, y el Cerro de San Vicente, en la propia capital este último, se asocian a las cerámicas a peine. Dicha asociación, que juzga por demás característica, abundaría en la temprana aparición de la nueva especie cerámica y apuntaría, siempre según Martín Valls, hacia una estrecha conexión con los poblados tipo Soto de Medinilla. Ahora bien, la mencionada relación sólo es explicable si pensamos en una pronta proyección de las cerámicas a peine más allá del marco suroccidental, abulense-salmantino, y en la perduración del Soto II con posterioridad al 500 a.C., es decir, paralelamente al desarrollo de la fase inicial de la Segunda Edad del Hierro representada por Sanchorreja II; aspectos, uno y otro, que parecen más que viables.

En efecto, por lo que al primero de ellos se refiere, cabe citar, en primer lugar, siguiendo a González-Tablas, cómo las cerámicas a peine se constatan en Los Castillejos de Sanchorreja desde el inicio mismo de Sanchorreja II, que fecha en el 650 a.C., atribuyendo su aparición en el centro del valle del Duero a la expansión del grupo de Sanchorreja a partir del siglo V a.C. Para el autor citado, contrariamente a cuanto veíamos con anterioridad, las nuevas especies cerámicas constituirían un elemento característico del grupo de Sanchorreja, en concreto de Sanchorreja II, y habrían de atribuirse, por tanto, a la Primera Edad del Hierro; dicho grupo sería, en definitiva, el generador de Cogotas II, fase durante la cual las cerámicas a peine seguirán siendo igualmente características.

Recordaremos además, en relación todavía con este primer aspecto, cómo las cerámicas a peine se documentan a lo largo de la secuencia estratigráfica del poblado vallisoletano de La Mota, en Medina del Campo; consideradas intrusivas en los dos niveles más bajos, se juzgan propias del correspondiente a la ocupación La Mota 3, cuya vida se habría iniciado a mediados del siglo VI a.C., prolongándose durante el siglo V. Según sus excavadores, y pese a que un nivel de incendio separe La Mota 2 de La Mota 3, nada obliga a pensar en una ruptura, pues se mantienen las mismas tradiciones cerámicas, con la única novedad de la incorporación de las especies a peine.

En relación ya con el segundo punto, conviene no olvidar que el propio Palol, que inicialmente consideró viable para el tránsito Soto II-Cogotas IIa en la cuenca media del Pisuerga una fecha de comienzos del siglo V, creyó necesario, con posterioridad, llevar el final del Soto II a un momento más avanzado, dentro del siglo IV a.C., y próximo, por tanto, a la fecha del 320 en que, según Wattenberg, se iniciaría la Segunda Edad del Hierro. Abundando en ello, habremos de tener presente el hecho de que en más de una ocasión, recientemente, se haya vuelto a recordar la, presuntamente fallida por moderna, datación radiocarbónica de finales del siglo III a.C. para el Soto II, en el yacimiento epónimo.

Al hilo de lo comentado hasta aquí no podemos pasar por alto la reiteradamente advertida ausencia de niveles claramente asignables a los inicios de la Segunda Edad del Hierro o Cogotas II, en otros ám-

bitos del valle del Duero. La idea fue ya esbozada por Martín Valls y uno de nosotros al constatar cómo al occidente, en tierras de Zamora, mientras que determinados yacimientos en los que se atestiguaba la presencia de las especies peinadas, permitían sugerir un desarrollo secuencial Soto II-Cogotas IIa-Celtibérico, caso, por ejemplo, de la Cuesta del Viso, en Bamba, otros, entre los que citaremos los castros de Peñas Coronas, en Carbajales de Alba, Montpodre, en Abezames, y La Corona, en Manganeses de la Polvorosa, obligaban a pensar, ante la ausencia en los mismos de las citadas especies, en la pervivencia del Soto II hasta la introducción de las primeras cerámicas a torno pintadas.

Sobre el particular ha vuelto con posterioridad Esparza, quien, en su estudio sobre el foco castreño del noroeste zamorano, y tras insistir en las afinidades de estos castros con los poblados tipo Soto del centro de la cuenca, en concreto con los de la fase II, sitúa su instalación en un momento avanzado del siglo VI a.C., próximo al 500 ya, y abunda en la persistencia de su cultura material hasta fechas muy bajas, dentro del siglo II, e incluso del I a.C., como evidenciarían, además de los castros arriba citados, los de Fresno de la Carballeda, Sejas o San Pedro de la Viña; es más, habida cuenta del escaso o nulo impacto de la celtiberización en los castros más occidentales, la vida en ellos parece haberse mantenido prácticamente inalterada, y quizá empobrecida, hasta el final mismo de la Edad del Hierro. Y otro tanto parece desprenderse de los trabajos de Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, en La Corona de Quintanilla y El Castro de Corporales, para las tierras leonesas, en las que, como ponen de manifiesto, los elementos de raíz «hallstática» alcanzarían los siglos inmediatos al cambio de Era, produciéndose la ruptura definitiva del mundo castreño a finales del siglo I d.C., o mejor a comienzos del II.

Si fijamos nuestra atención en el centro de la cuenca, donde las cerámicas a peine y estampadas fueron asimiladas por Palol a un horizonte *protovacceo*, que, como es sabido, vendría a desempeñar en la zona el papel de Cogotas IIa más al occidente, habremos de convenir con Sacristán que la reiterada ausencia de niveles de cerámicas a peine, que no así la presencia de éstas en contextos tanto de la Primera Edad del Hierro como celtibéricos, no parece que pueda seguir atribuyéndose a la mera casualidad, por lo que habrá que pensar en la inexistencia de *hiatus* estratigráficos. Ahora bien, si ello parece particularmente claro en las tierras que se extienden al norte del Duero, en las que las cerámicas a peine que aparecen en los citados contextos se explicarían en virtud de aportes del grupo vecino, la existencia de niveles con cerámicas a peine en La Mota de Medina del Campo y en el mismo Cuéllar es interpretada a resultas de un desplazamiento de la cultura del Soto por la de Cogotas en los yacimientos del sur del mencionado río; desplazamiento que se atenuaría a medida que avanzamos hacia el este hasta que, a la altura del Riaza, vuelva a constatarse, una vez más, como pone de manifiesto Roa, al norte del Duero ya, pero próxima a la desembocadura de aquél en éste, la superposición de los niveles celtibéricos a los del Soto II. En definitiva, ello le permite defender que, al menos al sur del Duero,

Cogotas IIa habría sido contemporánea al Soto II y, cuando poco, al final del mismo.

Ya hemos recogido más arriba lo referente a La Mota, y si la tentación de identificar el nivel correspondiente a La Mota 3 con el horizonte Cogotas IIa

es grande, de la misma manera que la presencia de una vivienda rectangular con esquinas redondeadas en La Mota 2 ha sido valorada en más de una ocasión como rasgo inequívoco de transición al Segundo Hierro, no lo es menos la de considerar a los tres

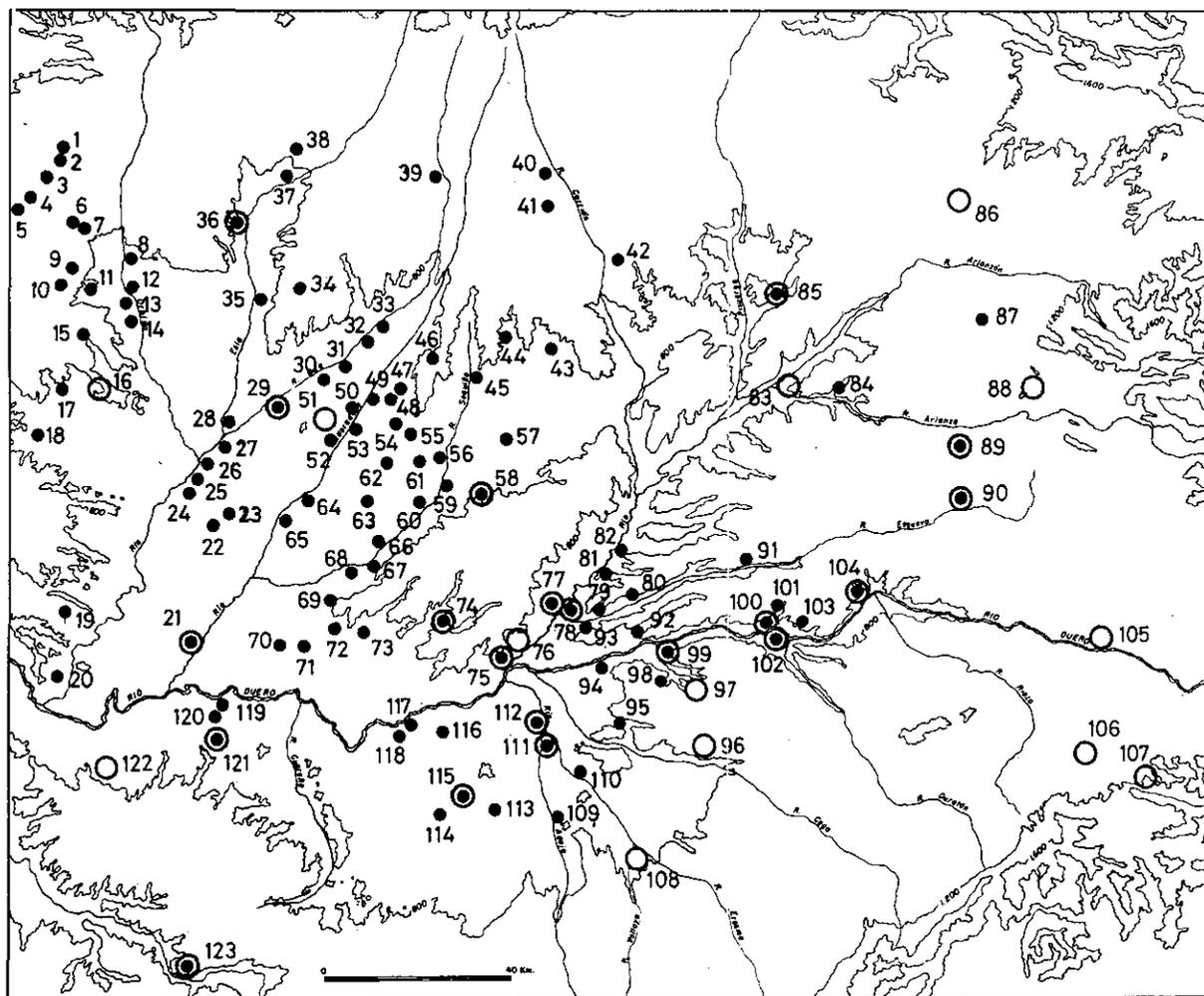


FIG. 8. Dispersión de yacimientos del grupo Soto de Medinilla (círculos negros) y de estaciones con cerámica a peine (círculos mayores, en blanco) en el valle medio del Duero (sobre original de Martín Valls, 1984). 1. Revilla. 2. Quintana de Fon. 3. Sopeña. 4. Castrillo de Polvazares. 5. Pedredo. 6. Barrientos. 7. Posadilla. 8. Villazala del Páramo. 9. Castrotierra. 10. Posada y Torre. 11. Sacaojos. 12. Regueras de Arriba. 13. San Martín de Torres. 14. San Juan de Torres. 15. Castrocalbón. 16. Arrabalde. 17. San Pedro de la Viña. 18. Camarzana de Tera. 19. Carbajales de Alba. 20. Ricobayo. 21. Molacillos. 22. Villafáfila. 23. Revellinos. 24. Bretó. 25. Barcial del Barco. 26. Castropepe. 27. Castrogonzalo. 28. Fuentes de Ropel. 29. Valderas. 30. Castrobol. 31. Mayorga de Campos. 32. Melgar de Abajo. 33. Melgar de Arriba. 34. Gusendos de los Oteros. 35. Valencia de Don Juan. 36. Ardón. 37. Lancia. 38. Villafaña. 39. Santa María del Río. 40. Saldaña. 41. Pedrosa de la Vega. 42. Carrión de los Condes. 43. Paredes de Nava. 44. Cisneros. 45. Herrín de Campos. 46. Villacarralón. 47. Villanueva de la Condesa. 48. Gordaliza de la Loma. 49. Castroponce. 50. Becilla de Valderaduey. 51. Valdunquillo. 52. Bolaños de Campos. 53. Villavicencio de los Caballeros. 54. Villacid de Campos. 55. Cuenca de Campos. 56. Tamariz de Campos. 57. Castromocho. 58. Montealegre. 59. Villanueva de San Mancio. 60. Medina de Rioseco. 61. Moral de la Reina. 62. Aguilar de Campos. 63. Villafrechós. 64. Villalpando (San Mamés). 65. Villalpando (Las Arribaltas). 66. Tordehumos. 67. Villagarcía de Campos. 68. Villanueva de los Caballeros. 69. Castromembibre. 70. Abezames. 71. Pinilla de Toro. 72. Tiedra. 73. Mota del Marqués. 74. Torrelobatón. 75. Simancas. 76. Arroyo. 77. Pago de Gorriza. 78. El Soto de Medinilla. 79. Castronuevo de Esgueva. 80. Olmos de Esgueva. 81. San Martín de Valvení. 82. Valoria la Buena. 83. Palenzuela. 84. Santa María del Campo. 85. Castrojeriz. 86. Ubierna. 87. Los Ausines. 88. Lara de los Infantes. 89. Solarana. 90. Pinilla Trasmonte. 91. Amusquillo. 92. Villabáñez. 93. Renedo. 94. Tudela de Duero. 95. Santiago del Arroyo. 96. Cuéllar. 97. Cogeces del Monte. 98. Montemayor de Pililla. 99. Santibáñez de Valcorba. 100. Pesquera de Duero. 101. Piñel de Abajo. 102. Padilla de Duero. 103. Curiel. 104. Roa. 105. Langa de Duero. 106. Ayllón. 107. Tiermes. 108. Coca. 109. Almenara de Adaja. 110. Alcazarén. 111. Matapozuelos. 112. Valdestillas. 113. Gomeznarro. 114. El Campillo. 115. Medina del Campo. 116. Foncastín. 117. Pollos (Calvillos). 118. Pollos (Villar Pequeño). 119. Villalazán. 120. Madridanos. 121. El Viso. 122. La Tuda. 123. Salamanca.

estratos del nivel II como otros tantos momentos a lo largo del Soto II. Las dataciones absolutas del 630 y 605 a.C. para La Mota 2 llevan a dicha fase y aún dan pie para situar en la misma a La Mota 1, poco y mal conocida, como requiere la presencia en ella de vasos con pies anulares. Ello permitiría explicar mejor, además, la presencia de las cerámicas a peine de todos los estratos de la Edad del Hierro; éstas habrían alcanzado tempranamente el valle medio del Duero, desde el suroeste del mismo, documentándose en contextos similares a los salmantinos citados, pues se asociarían así en La Mota 2 a una fíbula de doble resorte.

Por lo que a Cuéllar se refiere, contamos hasta la fecha, como es bien sabido, con la publicación de los materiales cerámicos de la necrópolis de Las Erijuelas de San Andrés, en la que las especies a peine son abundantes y características, pues se trata fundamentalmente de cerámicas decoradas con peine impreso, lo que lleva a Barrio Martín a hablar de un «subgrupo de Cogotas II», en el que tendrían cabida también yacimientos como Coca, en Segovia, Roa, en Burgos, y, ya en Valladolid, la necrópolis de Padilla de Duero. Además, tenemos constancia de la documentación en el poblado de la Plaza del Castillo, en el mismo Cuéllar, de niveles claramente adscribibles a Cogotas II y se apunta la existencia, habida cuenta que se han detectado materiales vinculables al Soto II, de una primera ocupación del poblado en dicha fase, todavía no detectada estratigráficamente. Por nuestra parte, recordando lo expuesto hasta aquí, y, sobre todo, cuanto puede decirse hoy de Medina del Campo y Roa, nos atreveríamos a preguntarnos si no nos encontraremos ante un caso similar a los citados, o dicho de otra manera, si la adscripción de los mencionados niveles a Cogotas IIa no se hace, única y exclusivamente, en virtud de la presencia en los mismos de cerámicas a peine, sin valorar otros elementos que pudieran indicar que las mismas no son sino un elemento añadido a un ambiente clásico de la Primera Edad del Hierro tipo Soto II. Esperemos que la publicación de las recientes excavaciones de Barrio Martín permita aclarar este punto.

Finalmente, habremos de referirnos al sector oriental de la Meseta Norte, para el que el segundo de nosotros ha defendido desde hace algunos años la existencia de un horizonte *protoarévaco*, siguiendo el esquema habitual de la Edad del Hierro meseteña. Dicho horizonte, apenas si atisbado hasta la fecha en media docena de yacimientos, se caracterizaría, en primer lugar, por la instauración de una serie de poblados, que no necesariamente hay que atribuir a nuevas gentes, en lugares más bajos y abiertos que los de los castros de la serranía, lo que daba pie a considerar la orientación económica preferentemente agrícola de éstos, frente a la pastoril tradicionalmente defendida para aquéllos; desde el punto de vista de su cultura material, se introducirían durante la nueva fase algunas innovaciones en los sistemas defensivos y aparecerían nuevas especies cerámicas: así, y por lo que a los primeros respecta, las murallas con paramentos internos, tal y como atestigüamos, por ejemplo, en Los Castejones de Calatañazor, o con refuerzos exteriores a la manera que se aprecia en El Castellar

de Arévalo de la Sierra, y entre las cerámicas las formas ovoides, quizá trípodas en algún caso, con borde entrante, superficies pulido-rugosas y decoración de triángulos impresos a punta de espátula, que Molina y Arteaga incluyeron entre las excisas tipo Estiche y que se documentan, además de en Numancia, donde habría de sumarse a ellas el conocido biberón con botones de bronce incrustados, en Los Villares de Ventosa de la Sierra o El Castillejo de Fuensaúco, por ejemplo.

Las cerámicas citadas, por lo demás escasas en las localidades aludidas, se exhumaron en el yacimiento mencionado en último lugar en los trabajos que llevara a cabo Taracena, quien lo juzgó, por éste y otros motivos, como del momento final de la cultura catreña soriana; por nuestra parte, y después de dos campañas de excavaciones en el mismo, no hemos conseguido documentarlas. Tras la primera de ellas vinculamos el yacimiento al momento que nos ocupa, pero no parece que ello pueda mantenerse tras las excavaciones de 1987; en efecto, entre el nivel en que aparecen las cabañas circulares entalladas en la roca, a las que nos referimos con anterioridad, y el celtibérico se constata una única ocupación que en nada desdice de otras conocidas de los castros del norte, pues al igual que en el Castro del Zarranzano, de Almarza, por citar otro de los recientemente excavados, se documentan en ella fíbulas de espirales y cerámicas a mano pintadas o grafitadas, por lo que parece lógico empezar a sospechar que las especies impresas a que venimos refiriéndonos deban pertenecer bien a dicha ocupación, bien a la celtibérica posterior.

A favor de la primera podría hablar el hecho de que en el mencionado Castro del Zarranzano se hayan encontrado vasos en los que las superficies muestran igualmente tratamientos distintos según las zonas, aunque es cierto también que no responden a la forma aludida ni muestran decoración impresa a punta de espátula como aquéllos; tampoco puede descartarse que correspondan a la celtibérica, máxime si tenemos en cuenta que ésta se atestigua asimismo en la totalidad de los yacimientos que en su día juzgamos protoarévacos; ni el que, de haber surgido en el seno de la primera, quizá en el siglo V a.C., como vendría a sugerir el dato del Castro del Zarranzano citado, perdurarán, como acontece en tantos yacimientos con las cerámicas a peine y estampadas, en la segunda.

Algunos otros datos pueden barajarse aún, con todo, a favor y en contra del horizonte protoarévaco. Así, el que Revilla Andía haya puesto de manifiesto, ante la ausencia total de materiales que quepa atribuir al mismo o asimilar a Cogotas IIa u otra facies de transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro, que en los poblados de la Tierra de Almazán los elementos del Primer Hierro debieron perdurar hasta el mundo celtibérico. Por contra, tímidamente primero pero explícitamente después, García-Soto identifica esta fase en la necrópolis de San Martín de Ucero; ahora bien, si tenemos en cuenta que en la misma se advierte una continuidad desde finales de la Primera Edad del Hierro hasta bien entrado el mundo celtibérico, cabe preguntarse, una vez más, si la atribución de determinadas tumbas al horizonte protoarévaco no parte tan sólo del hecho de que contengan

cerámicas como las que comentamos y a peine. Algo similar ocurre en la necrópolis de Carratiermes, en la que se conoce algún fragmento impreso a punta de espátula y en la que las cerámicas a peine comienzan a ser abundantes ya; para una parte de la misma al menos, el sector «A». Argente habla de una estratigrafía horizontal del siglo VI a.C. al cambio de Era y emplea el término *protoceltibérico* para referirse a todo aquello anterior a lo estrictamente celtibérico, lo que lejos de aclarar la cuestión no hace sino introducir una mayor confusión, siquiera terminológica, en el problema que abordamos.

Después de este rápido repaso se hace aún más evidente si cabe la ausencia de estratigrafías en las que queden claramente individualizados niveles que quepa atribuir a los horizontes o facies que venimos asimilando al tránsito entre la Primera y la Segunda Edad del Hierro y, fundamentalmente, a los inicios de esta última. Todo parece indicar, por contra, que su filiación cultural se ha hecho a partir de la presencia en ellos de una serie de especies cerámicas —a peine, estampadas, impresas, etc.—, a las que se ha atribuido un protagonismo sin duda excesivo, pues hoy más bien da la impresión de que tales cerámicas nacieron en el seno de las poblaciones de la Primera Edad del Hierro, en el suroeste de la cuenca del Duero quizá, y que alcanzaron tempranamente otras regiones del mismo valle, donde gozaron, en particular las decoradas a peine, de notable éxito y larga vida. Puede decirse, alegóricamente, que tales especies cerámicas han constituido un espejismo sobre el que poco a poco ha ido tejiéndose una urdimbre cada vez más compleja, que llevó a la identificación de, un primero y después alguna más, facies del Segundo Hierro inicial; muy posiblemente ha podido contribuir a ello el hecho de que en el momento de su mayor eclosión, lo que llamaríamos, siguiendo a Martín Valls, la fase *barroca* del peine, surgen y comienzan a tener predicamento, cada vez mayor también, ciertas manufacturas bronceínas, meseteñas asimismo, tales como los broches tipo Bureba o los puñales tipo Monte Bernorio. Unas y otras parecen rebasar ensuguida los límites de sus zonas nucleares y su presencia conjunta en un territorio cada vez más amplio, como atestiguan no pocas tumbas, ofrece la impresión de una Meseta rica y original, pero sobre todo dinámica, durante el siglo V y parte del IV a.C., en su primera mitad fundamentalmente. Ello, sin embargo, no tiene por qué significar necesariamente una ruptura con la etapa anterior, ni, mucho menos, requerir la presencia de nuevas gentes que infundieran sabia fresca en las, presuntamente entonces, agostadas poblaciones indígenas; puede, y seguramente debe, significar simplemente que éstas asisten a un período de esplendor en el desarrollo cultural correspondiente y, desde luego, esa es la idea que se desprende del discuir, incluso estratigráfico horizontal, de sus necrópolis.

El nacimiento del peine en el grupo abulense-salmantino, o de Sanchorreja si se prefiere siguiendo a González-Tablas, vendría avalado por su constatación allí desde el siglo VI a.C., frente a las fechas, habitualmente más modernas, defendidas para otros yacimientos; con todo, no podemos olvidar que una fecha tan temprana puede rastrearse asimismo en

Medina del Campo, donde, al igual que en los yacimientos del sector antes citado, las cerámicas a peine se asocian a fibulas de doble resorte. Aquí, al igual que, al parecer, en el salmantino Cerro de San Vicente, el contexto nos remite al Soto II, al que sospechamos se suman en un momento dado; no tendría nada de extraño, se nos ocurre pensar, que, de la misma manera que en la actualidad abundamos en la proyección del Soto hacia el Noroeste, una matizada mirada hacia las tierras del mediodía meseteño concluyera unificando culturalmente el centro y occidente del valle del Duero y que, finalmente, terminaríamos defendiendo que fue en el seno del Soto donde surgieron dichas especies cerámicas.

Sea como fuere los horizontes correspondientes parecen mantenerse, enriquecidos si se quiere, hasta que, paulatinamente, se constata la introducción de cerámicas a torno decoradas con pinturas. Algo similar ocurre en los territorios orientales, en los que los castros, de no haber sido abandonados, se celtiberizan y los poblados de las tierras llanas mantienen también su cultura material hasta idéntico momento; aquí, sin embargo, los niveles celtibéricos que se superponen a las ocupaciones anteriores ofrecen la impresión, como advirtiera Eiroa para el Castro de El Royo y uno de nosotros en Fuensaúco, de una cultura plenamente configurada. Y, aunque en más de una ocasión se ha citado la presencia de niveles de incendio entre una y otra fase, nada permite hablar de destrucciones generalizadas; esa idea de continuidad se advierte igualmente en las necrópolis, cuya vida, como puede apreciarse en las vecinas del alto Jalón o en las sorianas de La Mercadera, Tiermes o Ucero, debió iniciarse en el siglo VI, si no antes, y mantenerse, en algunos casos, hasta finales del Primer Milenio a.C.

Este proceso, para el que tomamos como punto de referencia la aparición del torno del alfarero y, consecuentemente, de las nuevas cerámicas, debió iniciarse en el siglo IV y, muy probablemente, a mediados del mismo, para generalizarse a partir del III a.C.; existe sobre el particular una cierta unanimidad entre los diferentes autores, por más que en determinados puntos, caso de Cuéllar, por ejemplo, pueda hablarse de algunas piezas a torno, aunque eso sí, importadas del mediodía, desde comienzos de dicho siglo. Si en el alto y medio Duero hablamos ante el nuevo panorama de los *pueblos celtibéricos*, incluyendo a los *vacceos* entre ellos, para los territorios occidentales forzoso es hablar de *celtiberización*, entendiendo por tal un proceso de aculturación; tal fenómeno, como hemos visto con anterioridad, se ralentiza a medida que se progresa hacia el oeste hasta que en los límites prácticamente ya con el mundo castreño del Noroeste puede decirse que es inexistente.

Permitásenos, para finalizar, una última reflexión. A lo largo de las páginas de esta ponencia se ha ido destilando la idea de que salvo la apreciable fisura, difícil de explicar por otra parte, entre el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro o, por ser más precisos, entre Cogotas I y Soto I, el desarrollo de la Edad del Hierro tuvo lugar sin solución de continuidad ni grandes sobresaltos. Es posible que esta idea continuista

no sea sino un revulsivo frente a las tradicionales, invasionistas y rupturistas, y no podemos por menos que preguntarnos si, de nuevo sin base científica suficiente, pues la documentación sigue siendo muy pobre, no nos estaremos rindiendo ante una nueva moda, si no estaremos, en definitiva, sucumbiendo ante un nuevo espejismo. Es más que probable que la

verdad participe, en mayor o menor medida, de ambas hipótesis; quede constancia, en cualquier caso, de nuestras reflexiones en la esperanza de que, si más no, por lo que ellas mismas puedan tener de ruptura con las ideas largamente mantenidas, nos obliguen a seguir reflexionando sobre la protohistoria de la Meseta.

BIBLIOGRAFIA

- M. Almagro Basch 1939. La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica, *Ampurias*, 1, pp. 138-158.
- M. Almagro Gorbea 1973. *El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta Sur*, Universidad Complutense de Madrid. *Resúmenes de Tesis Doctorales*, Madrid.
- 1977a. *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV, Madrid.
- 1977b. El Pic dels Corbs, de Sagunto, y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica, *Saguntum*, 12, pp. 89-141.
- 1986. Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas Prerromanas, en F. Jorda Cerdá et alii, *Historia de España. 1. Prehistoria*, Madrid, pp. 341-532.
- J. L. Argente Oliver 1989. Tiermes: Catorce años de excavaciones, en J. L. Argente Oliver (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, pp. 69-86.
- M. E. Aubet Semmler et alii. 1983. *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 122, Madrid.
- A. Balado Pachón 1987. La secuencia protohistórica del yacimiento de Almenara de Adaja (Valladolid), *BSAA*, LIII, pp. 169-177.
- 1989. *Excavaciones en Almenara de Adaja: el poblamiento prehistórico*, Valladolid.
- J. M. de Barandiarán 1971. Excavaciones en Solacueva de Lacozmonte (Jócano-Alava). Campañas de 1961-62, en *Investigaciones de Arqueología Alavesa. 1957-1968*, Vitoria, pp. 111-134.
- J. Barrio Martín 1988. *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas, Cuéllar (Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*, Madrid.
- M. A. de Blas Cortina 1983. *La Prehistoria reciente en Asturias*, *Estudios de Arqueología Asturiana*, 1, Oviedo.
- 1984-85. El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares, *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, pp. 277-296.
- C. Blasco Bosqued 1987. Un ejemplar de fíbula de codo «ad oocchio» en el valle del Manzanares, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, pp. 18-28.
- P. Bosch Gimpera 1932. *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- 1942. Two Celtic Waves in Spain, *Proceedings of the Brithis Academy*, XXVI, pp. 1-126.
- J. Cabré Aguiló 1929. Cerámica de la segunda mitad de la época del Bronce en la Península Ibérica, *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, VIII, pp. 205-245.
- A. Coffyn 1985. *Le bronze final atlantique dans la Péninsule Ibérique*, Paris.
- A. Coffyn, J. Gómez y J.-P. Mohen 1981. L'apogée du bronze atlantique. Le dépôt de Vénat, *L'âge du bronze en France*, 1, Paris.
- G. Delibes de Castro 1978. Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid), *Trabajos de Prehistoria*, 35, pp. 225-250.
- G. Delibes de Castro y J. Fernández Manzano 1981. El castro protohistórico de «La Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I, *BSAA*, XLVII, pp. 51-70.
- G. Delibes de Castro y M. Fernández-Miranda 1986-87. Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I, *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 17-30.
- J. J. Eiroa 1980. Datación por el Carbono-14 del castro hallstático de El Royo (Soria), *Trabajos de Prehistoria*, 37, pp. 433-444.
- 1981. Moldes de arcilla para fundir metales procedentes de Castro Hallstático de El Royo (Soria), *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, pp. 189-193.
- A. Esparza Arroyo 1978. Notas sobre la Fácies Cogotas I en la provincia de Burgos, *Masburgo*, 1, pp. 71-92.
- 1983. Problemas arqueológicos de la Edad del Hierro en el territorio Astur, en *Cántabros y Astures*, *Lancia*, 1, pp. 83-101.
- 1986. *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*, Zamora.
- F. Fernández Gómez 1986. *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda*, Avila.
- J. Fernández Manzano 1985. La Edad del Bronce. La consolidación de la metalurgia y sus implicaciones socioeconómicas, en G. Delibes et alii, *Historia de Castilla y León. 1. La Prehistoria del Valle del Duero*, Valladolid, pp. 54-81.
- 1986. *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*, Valladolid.

- M. D. Fernández-Posse y de Arnaiz 1979. Informe de la primera campaña (1977) en la Cueva de Arevalillo (Segovia), *NAHisp.*, 6, Madrid, pp. 51-87.
- 1982. Consideraciones sobre la técnica de Boquique, *Trabajos de Prehistoria*, 39, pp. 137-159.
- 1986. La cultura de Cogotas I. *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almazora, 1984, Sevilla, pp. 475-487.
- M. D. Fernández-Posse y F. J. Sánchez-Palencia 1988. La Corona y el Castro de Corporales II. Campaña de 1983 y prospecciones en La Valdería y La Cabrera (León), *Excavaciones Arqueológicas en España*, 153, Madrid.
- I. Garcés Estallo y E. Junyent Sánchez 1989. Fortificación y defensa en la I Edad del Hierro. Piedras hincadas en Els Villars, *Revista de Arqueología*, 93, pp. 38-49.
- M. García Alonso y M. Urteaga Artigas 1985. La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota, Medina del Campo (Valladolid), *NAHisp.*, 23, Madrid, pp. 61-139.
- E. García-Soto Mateos 1989a. La necrópolis de San Martín de Ucero (Soria), en F. Burillo *et alii* (Edts. y Coord.), *Celtiberos*, Zaragoza, pp. 87-94.
- 1989b. El yacimiento arqueológico de San Martín de Ucero (Soria). Excavaciones de 1980 a 1985, en J. L. Argente Oliver (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, pp. 59-68.
- A. González Prats y M. Ruiz-Gálvez. e.p. *La metalurgia de Peña Negra en su contexto del Bronce Final Europeo*.
- F. J. González-Tablas Sastre 1983. Los Castillejos de Sanchorreja y su incidencia en las culturas del Bronce Final y de la Edad del Hierro en la Meseta Norte, Universidad de Salamanca, *Serie Resúmenes de Tesis Doctorales*, Salamanca.
- 1986-87. Transición a la Segunda Edad del Hierro, *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 49-57.
- R. J. Harrison, G. Moreno López y A. J. Legge 1987. Moncín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I), *NAHisp.*, 29, Madrid, pp. 7-102.
- F. Hernández Hernández 1981. Cerámica con decoración «a peine», *Trabajos de Prehistoria*, 38, pp. 317-326.
- J. A. Hernández Vera 1983. Difusión de elementos de Cogotas hacia el Valle del Ebro, *I Coloquio sobre Historia de La Rioja*, Logroño, 1982, *Cuadernos de Investigación. Historia*, IX-1, pp. 65-79.
- A. Jimeno Martínez 1984. *Los Tolmos de Caracena (Soria). (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 134, Madrid.
- 1985. Prehistoria, en J. A. Pérez-Rioja (Dir.), *Historia de Soria*, Soria, 1, pp. 83-122.
- A. Jimeno Martínez y M. L. Revilla Andia 1986-87. La dualidad de la cultura castreña de la provincia de Soria, *Zephyrus*, XXXIX-XL, pp. 87-101.
- S. O. Jorge 1988a. *O Povoado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronze Final do Norte de Portugal*, Porto.
- 1988b. Reflexões sobre a pré-história recente do Norte de Portugal, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 28, pp. 85-112.
- A. Llanos y D. Fernández de Medrano 1968. Necrópolis de hoyos de incineración en Alava, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 3, pp. 45-72.
- M. Maderuelo Ortega y M. J. Pastor Cerezo 1981. Excavaciones en Reillo (Cuenca), *NAHisp.*, 12, Madrid, pp. 159-185.
- J. Maluquer de Motes 1951. De la Salamanca primitiva, *Zephyrus*, II, pp. 61-72.
- 1956. La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro, *Zephyrus*, VII, pp. 179-206.
- 1958a. *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro de el Berrueco (Salamanca)*, *Acta Salmanticensis*, XIV-1, Salamanca.
- 1958b. *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, Avila-Salamanca.
- 1960. Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta, *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, septiembre, 1959, Pamplona, pp. 125-151.
- J. C. Martín de la Cruz y A. Montes Zugadi 1986. Avance del estudio sobre el horizonte Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir, *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Almazora, 1984, Sevilla, pp. 488-496.
- R. Martín Valls 1971. El castro del Picón de la Mora (Salamanca), *BSAA*, XXXVII, pp. 125-139.
- 1973. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora, *BSAA*, XXXIX, pp. 303-414.
- 1985. La segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas, en G. Delibes *et alii*, *Historia de Castilla y León. 1. La Prehistoria del Valle del Duero*, Valladolid, pp. 104-131.
- R. Martín Valls y G. Delibes de Castro 1977. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV), *BSAA*, XLIII, pp. 291-319.
- 1978a. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (V), *BSAA*, XLIV, pp. 321-346.
- 1978b. Die Hallstatt-zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid), *Madrider Mitteilungen*, 19, pp. 219-230.
- 1981. Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII), *BSAA*, XLVII, pp. 153-186.
- J. Martínez Santa-Olalla 1942. Escondrijo de la Edad del Bronce Atlántico en Huerta de Arriba (Burgos), *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, XVII, pp. 127-164.
- M. Martins 1985. Sondagens Arqueológicas no Castro do Monte do Padrão, em Santo Tirso, *Cadernos de Arqueologia*, serie II, 2, pp. 217-230.
- J. L. Maya González 1986. Cerámicas excisas y de boquique en el nordeste peninsular, en *Protohistoria Catalana*, 6.^º *Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 1984, Puigcerdà, pp. 103-113.

- J. L. Maya y M. A. Petit 1986. El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto de cerámicas con boquique en la Península Ibérica, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2, pp. 49-72.
- F. Molina González 1978. Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, pp. 159-232.
- F. Molina y O. Arteaga 1976. Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, pp. 175-214.
- T. Ortego 1951. Prospecciones arqueológicas en las Tajadas de Bezas (Teruel), *A EAra.*, XXIII, 82, pp. 455-486.
- P. de Palol 1963. Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del Barrio de San Pedro Regalado de Valladolid, *A Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, México, pp. 135-150.
- 1972. Algunas reflexiones sobre Numancia y Clunia, en *Numancia. Crónica del Coloquio Conmemorativo del XXI Centenario de la Epopeya Numantina*, *Monografías Arqueológicas*, 10, Zaragoza, pp. 101-106.
- 1974. Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6, pp. 91-100.
- P. de Palol y F. Wattenberg 1974. Carta Arqueológica de España. Valladolid, Valladolid.
- M. L. Revilla Andía 1985. *Carta Arqueológica. Soria. Tierra de Almazán*, Soria.
- M. A. Rojo Guerra 1987. Asentamientos prehistóricos en la cuenca de La Nava: estudio de sus relaciones, *Actas del I Congreso de Historia de Palencia*, Monzón de Campos, 1985, Palencia, 1, pp. 409-422.
- F. Romero Carnicero 1980. Notas sobre la cerámica de la primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero, *BSAA*, XLVI, pp. 137-153.
- 1984a. La Edad del Hierro en la provincia de Soria. Estado de la cuestión, *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, pp. 51-121.
- 1984b. Novedades arquitectónicas de la Cultura Castreña Soriana: la casa circular del Castro de Zarranzano, *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, pp. 187-210.
- 1984c. *La Edad del Hierro en la serranía soriana: los castros*, *Studia Archaeologica*, 75, Valladolid.
- 1985. La primera Edad del Hierro. El alianamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio, en G. Delibes et alii, *Historia de Castilla y León. I. La Prehistoria del Valle del Duero*, Valladolid, pp. 82-103.
- 1989. Algunas novedades sobre los castros sorianos, en J. L. Argente Oliver (Coord.), *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Soria, pp. 49-58.
- F. Romero Carnicero y J. C. Misiego Tejada 1992. Los orígenes del hábitat de la Edad del Hierro en la provincia de Soria: las cabañas de *El Castillejo de Fuensaúco*, *II Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, pp. 309-324.
- M. L. Ruiz-Gálvez Priego 1984. *La Península Ibérica y sus relaciones con el Círculo Cultural Atlántico*, Universidad Complutense de Madrid, *Colección Tesis Doctorales*, 139/84, Madrid.
- G. Ruiz Zapatero 1983. Modelos teóricos de invasiones/migraciones en arqueología prehistórica, *Informació Arqueològica*, 41, pp. 147-157.
- 1984. Cogotas I y los primeros «Campos de Urnas» en el Alto Duero, *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982, Soria, pp. 169-185.
- 1985. *Los Campos de Urnas del NE. de la Península Ibérica*, Universidad Complutense de Madrid, *Colección Tesis Doctorales*, 83/85, Madrid.
- J. D. Sacristán de Lama 1986a. *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid.
- 1986b. Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la cuenca media del Duero, *BSAA*, LII, pp. 205-213.
- F. J. Sánchez-Palencia y M. D. Fernández-Posse 1985. *La Corona y El Castro de Corporales I. Truchas (León). Campañas de 1978 y 1981*, Excavaciones Arqueológicas en España, 141, Madrid.
- H. Schubart y O. Arteaga 1980. Fuente Alamo. Excavaciones de 1977, *NAHisp.*, 9, Madrid, pp. 245-289.
- J. M. Soler García 1987. *Excavaciones arqueológicas en El Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Alicante.
- B. Taracena Aguirre 1929. *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño*, *MemJSEA*, 103, Madrid.
- 1941. *Carta Arqueológica de España. Soria*, Madrid.
- J. L. Uribarri, J. Martínez González e I. Leis 1987. *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*, Burgos.
- F. Wattenberg 1959. *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, II, Madrid.
- 1963. *Las cerámicas indígenas de Numancia*, *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, IV, Madrid.
- 1978. *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*, *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 2, Valladolid.